

*Historia Antigua y Fuentes Orales*¹

Juan CASCAJERO
Universidad Complutense de Madrid

A Monique, pionera y maestra

SUMMARY

These lines recover the condition of historical sources for the remains of antique orality, for oral sources. Taking into account they might result completely superfluous for those historians of Antiquity who only conceive History as the narration of significant facts and the evocation of outstanding characters, they can be offered, on the other hand, as valuable instruments for those other ones that assume their task as a reflection on the spiritual and material living conditions of people of the ancient world. Naturally, the use of these sources does not relegate any other. On the contrary, their use, closely dependent on them, impels and illuminates them.

I. MAYORÍAS Y MINORÍAS

¿Puede la Historia ocuparse de los hombres? ¿de cuántos? ¿de unos pocos personajes ilustres o del mayor número posible? ¿puede ocuparse de las mujeres? ¿de los niños, jóvenes y viejos también? ¿y de esas aplastantes mayorías que poblaron campos y periferias? ¿podría ocuparse, además, de aquellos económica, social, política o culturalmente no privilegiados? ¿y de aquellas gentes sin nombre siempre apremiadas por necesidades de supervivencia que constituyeron la gran masa de la humanidad antigua? En resumen, ¿sería posible que el historiador de la Antigüedad, además del

¹ Este trabajo se inscribe en el Proyecto de Investigación, financiado por la D.G.E.S., «Fuentes orales para la Historia Antigua».

estudio exhaustivo de las minorías, pudiera ocuparse, sin temor a descalificaciones y sonrojos, de las condiciones de existencia de las mayorías? Porque tímido, recatado, pudibundo y timorato, uno no se atrevería a negar a nadie, ni siquiera a él mismo, la legitimidad de seguir urgando y urgando en las vidas de la gente-bien. Sólo se atrevería a reclamar, humildemente, en voz baja para no molestar, la posibilidad de que, en algún momento al menos, se pudiera prestar un poco de atención histórica a las mayorías. Además.

Porque, aunque, como en el caso del resto de parámetros básicos, pueda ser tildada de reduccionista, simplificadora, esquemática y otras cosas más, (sin duda, con razón) podría seguir resultando metodológicamente útil —sin olvidar jamás la complejidad de las sociedades antiguas— la alusión al juego de mayorías y minorías en que éstas estuvieron dinámicamente fragmentadas. No debería estorbar, en consecuencia, para la comprensión del mundo antiguo, sin olvidar otras referencias básicas, su recuerdo en todos aquellos campos que son, o deberían ser, objeto de atención para el pensador social.

1. En lo demográfico:

—minorías bien alimentadas, hartas, sin desconocer ni los deleites de lo exótico ni los peligros del hartazgo...mayorías desnutridas o muertas de hambre, siempre amedrentadas por los riesgos de padecer hambrunas, penurias y escaseces;

—minorías con alta esperanza y elevada calidad de vida, bien defendidas, orgánica, tecnológica y económicamente, ante enfermedades de tipo endémico o epidémico (con respecto, naturalmente, a las posibilidades de su tiempo)...mayorías con breve esperanza de vida y altos índices de morbilidad, en precariedad permanente, expuestas al dolor y a la enfermedad, sin apenas defensas ante los diversos agentes patógenos;

—minorías bien cobijadas bajo construcciones sólidas y saneadas...mayorías apretujadas, con animales domésticos (y no tan domésticos) o personas, en inseguras infraviviendas o sin techo;

—minorías urbanas...mayorías rústicas de campos y aldeas;

—minorías bien vestidas y hasta engalanadas...mayorías harapientas o semidesnudas;

—minorías con alto nivel higiénico y sanitario...mayorías desasistidas;

—minorías censadas...mayorías ignoradas;

—minorías agrupadas...mayorías dispersas;

—minorías con intereses de crecimiento demográfico expansivo (para las mayorías, claro, porque ello suponía más capacidad de trabajo controlado y más riqueza, pero no tanto para ellas mismas) ...mayorías con intereses

reguladores y restrictivos de su propio crecimiento (para aliviar el agobio que el aumento de bocas suponía para sus maltrechos recursos);

—minorías de niños bien atendidos y educados...mayorías de niños trabajadores y explotados desde temprana edad;

—minorías de niñas mimadas...mayorías de niñas perseguidas, desde su nacimiento (por la desigualdad genérica padecida);

—minorías, en fin, de muertos bien sepultados...mayorías con sus muertos mal enterrados o abandonados.

2. En lo económico:

—minorías ricas y opulentas, con posibilidades de disfrutar del bienestar material y el consumo...mayorías agobiadas por la escasez de unos recursos inseguros y nunca suficientes o pobres;

—minorías de grandes propietarios...mayorías con escasa propiedad, ajenas a ella o, incluso, ellas mismas objeto de alguna forma de propiedad o dependencia en beneficio de las minorías.

3. En lo social:

—minorías ociosas e improductivas pero con alta disponibilidad de recursos...mayorías trabajadoras en precariedad permanente y privadas, directa o indirectamente, de parte más o menos sustancial de su fuerza de trabajo o de sus escasos bienes;

—minorías explotadoras...mayorías explotadas;

—minorías parásitas...mayorías, de un modo u otro, parasitadas.

4. En lo político:

—minorías dominantes...mayorías débiles;

—minorías con todo el control político...mayorías sin acceso o sin apenas acceso a él;

—minorías política y culturalmente represoras...mayorías reprimidas y desamparadas;

—minorías creadoras e impulsoras de la norma, la ley y el Derecho...mayorías ajenas y sufridoras del Derecho;

—minorías armadas o dueñas de recursos armados...mayorías desar-
madas.

— minorías libres (al hablar de libertad, no aludo, aquí, a la libertad jurídica sino a la capacidad, más general, para decidir, autónomamente, sobre sus vidas)... mayorías no libres (en el sentido de que, bien por sujeción política o por miseria económica, por ignorancia o por alienación ideológica, fueron incapaces de elegir su destino);

5. En lo cultural:

—minorías cultas y selectas (o con tiempo y condiciones para serlo)...
mayorías ignorantes, analfabetas o semianalfabetas;

—minorías educadas, refinadas y pulcras...mayorías sucias y zafias;
 —minorías con dominio, casi monopolio, de los medios de comunicación (oral, escrito, iconográfico, estético, territorial, etc.)...mayorías ajenas o casi ajenas a esos medios;

—minorías creadoras e impulsoras de valores y pautas de conducta que asentasen aquel sistema basado en la desigualdad...mayorías obligadas o impelidas a acatarlos, pero, también, con valores propios.

6. En lo religioso:

— minorías dueñas de dioses civilizados, pulcros y siempre vencedores...mayorías con dioses agrestes, montaraces, sucios, feos, andrajosos y siempre derrotados (según la pintura de los dominantes);

—minorías de dioses creadores y providencialistas (por exigencias del guión)...mayorías de dioses sufridores y salvadores (única opción para salir del laberinto)

—minorías «fervorosas y beatas»...mayorías «pasotas».

7. En lo historiográfico:

—minorías con acceso expedito a los recursos materiales y espirituales que les permitirían perpetuar para siempre su visión, sus intereses y valores...mayorías impedidas, silenciadas o maltratadas;

—minorías con Historia (gracias a otras minorías, claro)...mayorías siempre marginadas y sin Historia;

—minorías estudiadas y admiradas a través de los siglos como dueñas y responsables de la civilización y el progreso (en el sentido positivo y positivista de los términos)...mayorías ocultadas, silenciadas o condenadas (¿valdría, todavía, la expresión de Benjamin de que «sólo a la humanidad redimida le cabe en suerte su Historia»?);

—minorías que contaron y cantaron sus historias...mayorías que las padecieron (y las siguen padeciendo);

—minorías, en fin, dueñas de la Historia y de los desvelos de ínclitos historiadores de todos los tiempos...mayorías silenciadas, olvidadas, relegadas, marginadas o perseguidas como masas silenciosas, populacho inconsciente o gentes sin alma y, en cualquier caso, sin importancia histórica.

Esta breve y simplista alusión a las relaciones entre minorías y mayorías a pesar de que pueda ser tildada (con razón) de reduccionista y hasta descalificada (con sus razones), pone ya de manifiesto las carencias sociales de la mayoría de los esfuerzos historiográficos sobre la Antigüedad. Carencias que todavía se evidenciarían más si se completara la visión ofrecida con la alusión a otras relaciones también fundamentales a la hora de fijar el conjunto de relaciones sociales antiguas (no se olvide que la Historia —eso dicen— aspira a ser, o a ser tenida, al menos, como ciencia social):

como las relaciones genéricas, de ciudad-campos, de edad o de centro-periferias. (Y es el caso que estudiosos de otras épocas se han mostrado más sensibles a las mayorías en la medida en que la realidad social de nuestros días se va transfiriendo, aunque lentamente, a la reflexión social).

II. RELACIONES CAMPO-CIUDAD E HISTORIA RURAL

Desde luego, un esquema semejante podría aducirse, también sucintamente, tomando como eje las relaciones campo-ciudad y, con mayor motivo aún, adoptando, como referencia, la siempre marginada Historia Rural. Y es que, desgraciadamente, aún es necesario insistir en que las relaciones campo-ciudad se vieron siempre marcadas por la desigualdad, resumiéndose en la relación de explotación de la segunda sobre el primero. Tanto da que los campos fueran explotados y parasitados directamente por los habitantes de una ciudad cercana o que éstos actuaran como simples intermediarios entre aquellos campos y los habitantes más poderosos de otras ciudades, los rústicos fueron explotados siempre, dependiendo el grado de esa explotación de su situación geográfica con respecto a las ciudades, del grado de interés económico o estratégico o de las posibilidades efectivas de explotación y control, en suma, de la rentabilidad del esfuerzo extractor-predador de los grupos propietarios urbanos. Porque esa rentabilidad inmediata para los citados grupos urbanos fue la única en poner límites a su voracidad, que, en general, sólo se relacionó con los campos como propietaria de tierras y personas, como depredadora de rústicos, como policía o dueña de policías (y «*la police* –advertía ya Voltaire– *c'est l'art de faire travailler les pauvres*»), o como controladora de la vida material y espiritual. De modo que, si la baja tecnología supuso una limitada y exigua capacidad productiva de la tierra y de los rústicos que la trabajaban, esa tierra y esos rústicos constituyeron, sin embargo, la mejor y más segura, en ocasiones, la única fuente de riqueza. Así, las ansias de riqueza no cesaron nunca de impulsar el acaparamiento de tierras y gentes por parte de los grupos propietarios urbanos. Las gentes de los campos, los rústicos de los amplios espacios de la Geografía antigua, por su parte, tan pronto como les llegaba el llamado «influjo civilizador» de la ciudad, debían ver cómo se les arrebatava una parte considerable de los míseros excedentes de sus ya precarias economías. Y con la realidad de unas relaciones campo-ciudad de explotación (que prefiero llamar de explotación-predación) se convino siempre la realidad de unas relaciones ideológicas complejas: por una parte, se trataba

insistentemente de justificar y legitimar las opciones de los dominantes mediante la alusión a los méritos propios y a la incapacidad de los demás, por la otra, en cambio, a una actitud de rebeldía más o menos diáfana se sumaba la reivindicación de su capacidad para asumir su destino.

Y no conviene olvidar ni relegar nunca, bajo cualquier púdica o impúdica excusa, (da igual, se seguirá olvidando u ocultando, que es peor) que las gentes de los campos constituyeron, aunque con variaciones según épocas y lugares, la más aplastante mayoría de la población de la Antigüedad. Para nada hace replantearse esta línea argumentativa el hecho de que las referencias porcentuales puedan oscilar entre un 70% y un 95%, o, incluso, en algunas zonas, el 100%, porque, en cualquier caso, *los rústicos, siempre explotados, y, por ello mismo, siempre insultados y vilipendiados, constituyeron una mayoría abrumadora frente a las gentes de la ciudad*. Y, sin embargo, las Historias de la Antigüedad que hasta ahora han sido, generalmente, siguen y siguen relegando, olvidando, silenciando o maltratando las vidas y vicisitudes materiales y espirituales de las mayorías rústicas aludidas. En mi opinión, no es, socialmente, justa una Historia que relegue a un tan amplio porcentaje de población. Así, sin más, de entrada y sin explicaciones ni excusas. Pero más grave es el olvido, más insultante, si tal Historia se califica de «social». De hecho tal calificativo habría de resultar supérfluo, por tautológico, por redundante, (en mi opinión, el calificativo «social» no añade gran cosa, no califica sino que redundante, al sustantivo «Historia»), porque no soy capaz de concebir una Historia que no sea social, porque, respondiendo a alguna de las preguntas con que iniciaba este artículo, no creo que pueda haber una Historia que no se ocupe de los hombres o, dicho de otro modo y siempre respetando otras opciones más circunspectas, si no es historia de los hombres y las mujeres, si no es social, no es Historia. A no ser que, explícitamente, limite sus objetivos (por ejemplo, una Historia diplomática de cualquier período), pero, aún en ese caso no podría ejecutarse con independencia de lo social que lo sustenta. Soy capaz de entender, no obstante, aunque no lo comparta (porque ese debe ser el objetivo de todo historiador, porque esa debe ser su obligación sin presumir de ello), tal redundancia y admitir la calificación de «social» para un esfuerzo histórico cuando tal hecho supone la afirmación expresa, el compromiso, la voluntad indeclinable, de referirse a todas las gentes, con sus vivencias, problemas e inquietudes, ordenándose en función de ello el resto de referentes. Cuando, por el contrario, no se actúa de este modo, cuando se califica de «social» una obra histórica y se relega a las mayorías, tal empecinamiento sólo me resulta comprensible desde la burla y el sarcasmo,

desde el mal gusto o, sencillamente, su ahinco calificador no me resulta comprensible.

Pero la realidad es la realidad: se siguen haciendo, con todo su derecho, «Historias de la Antigüedad», incluso, «Historias sociales de la Antigüedad» que no tienen en cuenta las condiciones de vida material y espiritual de las mayorías rústicas aludidas, de ese 70%, 80% o 90%, da igual, de la población antigua. Nuestra propuesta en este terreno es doble: de un lado, se trata de fomentar esfuerzos de investigación orientados al estudio de las mayorías rústicas, de otro, se procura favorecer la inclusión de Historias rurales en los programas de estudio que hagan inevitable su tratamiento y sensibilización consecuente en las nuevas generaciones. Ellas irán paliando la injusticia que sus predecesores no supimos o quisimos paliar, si es que no contribuimos a agrandarla.

Y no es suficiente –aunque bienvenido sea– ni siquiera para exonerar la propia conciencia, la inclusión de algunos apartados dedicados a la Historia Agraria en nuestros programas de estudio, porque la Historia Agraria sólo es capaz de atender a una parte de la población rústica en tanto que se escora, peligrosamente, hacia la consideración del hecho económico, lo que suele suceder (como ocurre cuando se trata del mundo actual) en menoscabo de lo social. *La Historia Rural, por tanto, tiene como objetivo básico la mirada y reflexión sobre las condiciones de vida material, afectiva e intelectual de esas mayorías sin nombre, sin distinción de género, edad o clase social, que poblaron los campos antiguos.* Y debe partir, precisamente, de un examen de esos campos antiguos considerados no solo como medio natural, como entorno, como escenario, sino, sobre todo, como espacios, como territorios, como paisajes: es la consideración de la propia tierra como fuente histórica.

Debe atender la realidad demográfica en su totalidad, en su complejidad dinámica, prestando atención al mayor número posible de sus efectivos humanos y su desigual distribución, a sus movimientos naturales y migratorios. Debe avanzar en el estudio diferenciado de sus dietas y hambres, de su salud, de su higiene, de su esperanza y calidad de vida, de la Geografía histórica del dolor y la enfermedad, de la condición femenina y las relaciones genéricas, de las especificidades de los grupos de edad, de su espacio doméstico, de su habitat, de sus chozas, sus casas y aldeas.

El hecho económico debe observarse en toda su diversidad superando los simplificadores enfoques agrarios y ganaderos para abordar el frecuente predominio de actividades, frívolamente, consideradas marginales y complementarias en economías de subsistencia. En todos los casos, han de observarse los usos tecnológicos y formas de trabajo, los rendimientos

y posibilidad de extracción de excedentes así como su uso, el impacto exterior y las tipologías regionales.

Siendo su objetivo fundamental la reflexión sobre las condiciones de existencia del mayor número posible de las gentes del campo, han de estudiarse los distintos grupos en que se escindieron, sus formas de propiedad y trabajo, sus recursos en su explotación y reparto, la riqueza y la pobreza, las relaciones entre los distintos grupos así como la forma en que se manifestaron los otros parámetros en el mundo rural: las relaciones intrafamiliares e interfamiliares, las relaciones genéricas y entre grupos de edad. Y observar, también, las relaciones entre comunidades y la vida política y, sobre todo, las tan desatendidas creaciones ideológicas rurales. Porque, convenientemente desbrozado el camino de mitos y prejuicios, antiguos y modernos, sobre la vida rural antigua, ha de avanzar, con perfiles cada vez más diáfanos, su capacidad para poseer sus propios universos simbólicos, sus actitudes, valores, formas de conciencia, mentalidades, sus propias sensibilidades y creencias, distinguiendo entre lo que pudo ser alienación y lo que pudo ser identidad en las ideologías rurales y sus respuestas consecuentes ante valores y presiones foráneos no rurales: Alienación-asimilación-uniformidad, identidad o contraste, silencio o resistencia.

El mundo rural, por tanto, fue un mundo complejo sólo comprensible, si se quiere prestar atención a esas inmensas mayorías y superar la siempre enriquecedora pero siempre insuficiente Historia Agraria, atendiendo a todos sus aspectos: demográfico, económico, social, político e ideológico. Pero también fue dinámico, lo que convierte en imprescindible la oferta, además de la visión de predominio sincrónico de la variada tipología de los campos antiguos (!basta, ya, de referirse siempre a ellos en singular!) de su consideración evolutiva en las grandes regiones en que suele dividirse el estudio de la Historia Antigua.

Así pues, por mucho que lo intente –y, en devota consideración a mis insignes maestros y admirados compañeros, confieso que, en otro tiempo, lo intenté repetidamente– no soy capaz de concebir una Historia Antigua que no sea social, que no sea una historia de las mayorías, que no tenga en cuenta, entre otros grupos humanos, su componente *más importante*: el mundo rural.

III. LA CONDICIÓN FEMENINA Y LAS RELACIONES GENÉRICAS

Los mismos argumentos podrían aducirse con respecto al relegamiento generalizado del estudio de la condición femenina. Porque, también en

este extremo, como en el caso de una pretendida Historia Social que, sin más, se olvida de las mayorías, se han dejado y se siguen dejando de lado, sin malas conciencias ni excusas, las vidas de la mitad de la población: las vidas de las mujeres. Aunque «algo es algo, y menos da una piedra», no puede bastar nunca la más o menos hipócrita inclusión de algún apartado o epígrafe en los temarios de estudio, la celebración de alguna reunión dedicada al tema o el raquíptico empleo de algunos fragmentos insignificantes del tiempo de investigación para lavar las malas conciencias del vanidoso falologocentrismo imperante en los estudios de la Antigüedad. Casi siempre, además, perseguidos y ridiculizados, descalificados como modas hartantes e insufribles, como siempre ha ocurrido con los intentos de los débiles por recibir justicia, los estudios sobre relaciones de género siguen siendo escasos y, de una u otra forma, menospreciados por la despótica estética de «la palabra del padre».

Se me ocurre ahora, para paliar tantos siglos de Historia masculina, «dar la vuelta a la tortilla» y sostener la propuesta de otros tantos siglos de Historia contada por mujeres, que, básicamente, sólo atienda a las mujeres y desde la impronta de sus sensibilidades femeninas. O, más recatado, ¿por qué no establecer una «cuota de mínimos», como en nuestra jocosa vida política, que garantice la presencia femenina como sujeto y objeto de la Historia? ¿Locura? ¿desvarío? Quizás, pero ¡cuántas veces los material y espiritualmente oprimidos han deseado, callados, en silencio, en su odio y en su justificado resentimiento, no un mundo justo sino lo que los dominantes han denominado «un mundo al revés»!. Así lo expresaba aquella liebre babriana (102) cuando, por una vez, el mundo de la utopía feliz y reparadora penetrara en el dominio de la fábula antigua: «¡Cuánto deseé yo siempre que llegase aquel día en el que incluso los débiles habrían de resultar temibles a los violentos!». Sueños, quimeras, que encuentran cruda respuesta (Aristóteles, *Política*, 1284a) cuando, al reclamar, en asamblea, las liebres igualdad de derechos, los leones les espetaron. «*Vuestros argumentos, liebres, necesitan garras y dientes*».

En cualquier caso, incluso volviendo rápidamente a la sensata cordura masculina (como es de rigor en bienpensante varón), no parece, tampoco, que se pueda arribar a una Historia mínimamente justa sin la perspectiva de lo femenino, que no es sólo «lo otro». ¿O, acaso, se ha de seguir discriminando a las mujeres solo por el hecho de que su especificidad productiva –de personas o de bienes, a través de tareas de mantenimiento o prácticas cotidianas del hogar– las relegase, en el pasado y en el presente, a la dependencia y a la subordinación con respecto a los hombres? ¿Es

posible pensar una Historia sensible a las mayorías y eternamente despidada en cuanto a su obligación inmediata con las mujeres?

IV. OBJETO Y SENTIDO DE LA HISTORIA ANTIGUA

Hacer Historia es, en mi opinión, pensar las condiciones de existencia material y espiritual de las gentes del pasado en su diversidad, en su complejidad y en su conflictividad. Hacer Historia es, pues, pensar socialmente el pasado. Es pensar, y aún sentir, cómo vivieron, cuáles fueron sus problemas y sensibilidades. Y eso se hace, se debe hacer, en conexión con las formas de pensar y sentir el presente. Hablo de sentir, porque, del mismo modo que se puede optar, libremente, por una concepción social de la Historia, se puede, también, optar por una concepción social del tiempo (aunque, en uno y otro caso, en sentido estricto, no se opte sino que se incurra en ambas, pues la elección responde más a una cuestión emotiva que a una decisión racional). Y, así, una vez relegados los aspectos cuantitativos del tiempo y potenciada su dimensión intuitiva, poder comprobar cómo va desapareciendo la distancia entre unos tiempos que ya aparecen interrelacionados e interdependientes. Y termina por esfumarse la distancia entre los tiempos antiguos y los nuestros, pudiéndose sentir, desde ese momento, la simultaneidad de la experiencia humana, con sus vivencias y contradicciones, por encima de espacios y tiempos. ¿O es que, alienados hasta la médula, hemos interiorizado tanto el valor de ese tipo de tiempo cronométrico —que es medida de producción y, por ello, de explotación humana, que es, también, tiempo institucional que socializa, envuelve y coacciona al hombre— que lo hemos sacralizado y, sin posibilidad de escape, hemos convertido en dios al tirano? Porque, si así fuera, ante la omnipotencia de esa fuerza institucionalizada y represora del tiempo, que coacciona y atormenta donde duele, en el interior del hombre, que es capaz de disciplinar vidas y conciencias, me pide el cuerpo la fuga del tiempo y declararle una huelga indefinida. Y lo mismo podría hacer con el espacio. Y tratar de destronarlo, también. Porque la alternativa sería seguir poniendo fronteras donde, por naturaleza, no las hay y, así, no me afectaría, ya, el pueblo de al lado —son forasteros, dicen—, el país de al lado —son extranjeros, dicen— o el continente de al lado —son extraños, dicen. Y a descansar. No me importa, pues, poner en solfa el valor discursivo (y social, sobre todo, social) de esas dos categorías, bajo cuya pretendida universalidad e intangibilidad se han cobijado, y se siguen cobijando, tantos abusos).

En consecuencia, hacer Historia no es, no puede ser, de ningún modo, contar y contar, una detrás de otra, las cuitas de unos pocos varones. O, para que ningún colega se enfade, no puede ser sólo eso. Porque eso mismo es lo que hicieron aquellos pocos personajes que vivieron, precisamente, de la explotación de los demás, de la parasitación de pueblos y gentes. Y contaron «su» historia, solo la suya, ensalzando sus méritos y silenciando los verdaderos mecanismos de su supremacía, ocultando y disfrazando la realidad. Contar y volver a contar, ahora, sólo su Historia es perpetuarla, es tomar partido por los dominantes, es defender su causa contra quienes la padecieron, contra las mujeres, contra los rústicos, contra esclavos y siervos, contra las mayorías. Una vez más.

Y no se pretende condenar (¡no faltaba más!) a quienes así actúan. Aquí no se condena a nadie. Cada hombre, cada mujer, puede tomar partido por quien quiera, en función de sus intereses, de su conciencia o... de su inconsciencia (para eso es suya). Pero nunca se puede sostener, con seriedad, que analizar las vidas y vivencias de unos pocos personajes, narrar los hechos de esos pocos personajes, las carreras de esos pocos personajes, las creaciones y méritos políticos y militares de esos pocos personajes, las actitudes y sensibilidades de esos pocos personajes...en tanto que se silencian, tercamente, las circunstancias vitales de las mayorías, que todo eso sea un acto socialmente neutro. Contar, narrar, evocar, descubrir y describir presuntas realidades del pasado según la opción material y espiritual representada por los exiguos beneficiarios de unos sistemas basados en la desigualdad y en la explotación, todo eso es un acto socialmente comprometido, profundamente enraizado, dependiente, hermanado, solidario, hasta la médula, con aquellos que se toman como referentes. Y esa actitud, en nuestra opinión, a pesar de todo, pudiera ser legítima. Lo que no parece tan legítimo es la pretensión constante de negar esa conexión, ese compromiso.

Porque, en el campo que vengo considerando, la estrategia de los dominantes, de los grupos propietarios de la Antigüedad, de las minorías o de sus cultos voceros, da igual, consistió, básicamente, en:

—narrar y evocar las vidas y hazañas de las grandes personalidades, insistiendo en sus capacidades, cualidades y méritos o deméritos;

—explicar, con todo mimo y detenimiento, lo importante, o sea, los momentos culminantes de la vida política y el Estado, del pensamiento y creencias de las minorías;

—silenciar-ocultar las condiciones de existencia de las mayorías así como las relaciones de explotación/predación/extorsión padecidas por ellas;

—y, en fin, cuando la alusión a las mayorías resultaba inevitable, se hacía de tal modo que esas mayorías quedasen impedidas, intelectual y moralmente, para regirse a sí mismas y necesitasen del pulso firme y sereno, de la mente despejada y capaz, de unas minorías iluminadas que les gobernasen rectamente.

Por su parte, la generalizada actitud de los historiadores de la Antigüedad que se cuestiona sigue siendo:

—la de narrar y evocar vidas y hechos, cualidades y méritos, de las grandes personalidades, de los personajes;

—la de explicar, con todo mimo y detenimiento, los momentos culminantes de la vida política en su dimensión nacional e internacional, del pensamiento y de la religión de las minorías: lo importante;

—silenciar o despreocuparse de las condiciones de existencia de las mayorías;

—y los pocos que aluden a las condiciones mentales y afectivas de las mayorías, les siguen negando un mínimo de autonomía mental y afectiva, les siguen privando de la capacidad de poseer, en alguna medida, actitudes y sensibilidades específicas, sus ideologías diferenciadas, en relación con sus propias condiciones de existencia.

Ahora bien, nadie se atrevería a negar, hoy, que las actitudes y estrategias de los portavoces de las minorías o de los grupos propietarios, es lo mismo, de los «señores de la escritura», como los he denominado en múltiples ocasiones, respondiesen, básicamente a una estrategia de conservación-perpetuación y reproducción de las relaciones de dominio y explotación sobre las mayorías. A no ser, claro, que pensemos que las producciones mentales y las actitudes vitales se generaron y desarrollaron (se generan y desarrollan) en espíritus puros, allá, en el Limbo de los Justos. Pero, entonces, ¿dónde debe ubicarse a quienes hoy siguen atendiendo, solamente, las historias, vidas y hazañas de los personajes? ¿dónde situar a quienes sólo se ocupan de las actitudes, sensibilidades y creencias de las minorías? ¿dónde a quienes sólo atienden los momentos cumbre de la vida política? ¿dónde a quienes siguen silenciando o despreocupándose de las condiciones de vida material o espiritual de las mayorías o, si lo hacen, que no es poco, les niegan la capacidad de poseer actitudes y sensibilidades propias?... En nuestra opinión, *no necesitan ser ubicados en parte alguna, porque, comparando las actitudes de los «señores de la escritura» de ayer y de hoy, que son, básicamente, las mismas, resultan perfectamente ubicados ellos solos.* Sin que nadie les ayude. Pero, desde luego, no es en la asepsia, en la neutralidad, en la imparcialidad o en la objetividad social, por

más que algunos de ellos se empeñen –no atino a saber por qué– en defender tal incongruencia.

Por eso, cuando un historiador pone sus ojos, solamente, en los asuntos políticos, en las élites de la vida política, económica o intelectual, en los personajes, cuando relega, silencia o se despreocupa de las mayorías, no puede presumir de ser socialmente neutro. Porque no lo es. Y se le nota. Del mismo modo, quien siente las desigualdades y contradicciones de nuestro mundo, quien tiene delante a países y gentes sojuzgados, a pueblos oprimidos por el hambre y la enfermedad, a niños sin esperanza, a mujeres apaleadas o a viejos abandonados a su soledad, al mirar el pasado y centrar preferentemente su atención, su interés, en esos temas, tampoco es neutro. Y, también, se le nota. La diferencia estriba en que uno lo reconoce y el otro no quiere hacerlo. Pero, no por el hecho de no querer reconocerlo, cada uno deja de estar donde está. Y se nota.

Quien no está dispuesto a reconocerlo suele aducir las siguientes razones, entre otras, para justificar lo objetivo, lo imparcial y neutral (?) de su actitud historiográfica:

1.^a Que el historiador no puede estudiar-investigar-contar-explicar todo y que, en consecuencia, debe seleccionar-atender lo importante, lo trascendente...pero el pensador social puede estar convencido de que, también, tienen alguna importancia las propias vidas de las gentes, de todas las gentes (de ayer o de hoy):

- de los hombres y, también, de las mujeres,
- de los adultos y, también, de los niños y viejos,
- de las gentes del centro y, también, de las de las periferias,
- de las de la ciudad y, también, de las de los campos,
- de los ricos y, también, de los que no lo fueron,
- de los cultos y, también, de los zafios y analfabetos,
- de los personajes y, también, de las masas anónimas,
- en suma, de la minoría de la población y, también, de la mayoría de la población antigua.

2.^a Que, dado el carácter de los restos que nos ha legado la Antigüedad, dado el instrumental disponible, nuestras fuentes, no se puede hacer otra cosa, porque las fuentes son las que son, ofertan lo que ofertan y lo que hay es lo que hay (y esta actitud, consciente de las limitaciones de su conducta historiográfica y de la injusticia cometida con las mayorías, es, en nuestra opinión, digna de consideración). Pero ese instrumental podría usarse de modo más adecuado, teniendo siempre presente que, en su mayoría, *son los restos de la producción material y espiritual de los grupos propietarios y aledaños y a su visión del mundo e intereses se ciñen*

y, sobre todo, sin renunciar jamás a la búsqueda permanente de otros restos menos tendenciosos y, socialmente, más generosos.

3.^a O, sencillamente, no se dice nada, sin plantarse ni siquiera la posibilidad de atender a las mayorías. Y en tal caso, presumo que no nos pasará nada, en estos tiempos que corren, por recordar que el silenciar, el ocultar, el despistar ha sido siempre, desde la Antigüedad hasta hoy, el núcleo, el corazón mismo, el nervio de la estrategia de los beneficiarios de la quietud del sistema, de los favorecidos por la desigualdad, de los dominantes.

Resumendo, si hacer Historia es pensar y se piensa el pasado, o el presente, según se siente el pasado, o el presente, ocurre que hay una conexión ineludible e implacable entre las formas y modos de hacer Historia, tanto en sus contenidos como en las metodologías aplicadas, y la sensibilidad social del historiador. Ocurre que *hacer Historia es, en este sentido, una manifestación de la sensibilidad social del historiador y es, también, al mismo tiempo, aunque no quiera reconocerlo, expresión de su forma de sentir el presente*. Y no parece, desde luego, muy lógico (o cuerdo) que alguien trate de enfrentar el pasado de una manera y el presente de otra y observe el ayer y el hoy con distintos parámetros y sensibilidades. *En nuestra opinión, ponerse frente a la Humanidad y pensar las condiciones de existencia de hombres y mujeres, por encima del tiempo, supone, siempre, un acto emocional que constituye la fuerza motriz del pensador social, del historiador; en tanto que el hecho cognoscitivo, en sí, sólo se refiere a la organización de estructuras intelectuales*. Privado de ese motor emocional, que constituye su sensibilidad social, el historiador quedaría convertido en un equilibrista intelectual lanzado sólo a la búsqueda sin sentido del más difícil todavía. Consciente o no, se piensa, pues, el ayer como se siente el hoy. A no ser que, caídos en una especie de esquizofrenia mental, o moral, nos escindamos en dos tipos de conductas diferentes, según esa categoría, más o menos convencional, escurridiza e inaprehensible, tantas veces manipulada, que llamamos tiempo. (Por cierto, una vez más, ¿por qué no atrevemos a poner, a ver qué pasa, la experiencia humana, en su totalidad, por encima de la tiranía del tiempo... y del espacio? Veríamos, entonces, si nos conciernen, o no, las vicisitudes de las gentes de otros lugares y tiempos. Y, por encima del espacio, oíríamos las voces del Tercer Mundo reclamando justicia como, por encima del tiempo, nos exigirían atención las voces de las mayorías de la Antigüedad).

En consecuencia, y según he expresado, en mi opinión, hacer Historia es pensar, y *aún sentir*, las condiciones de existencia de las gentes del pasado en su diversidad, en su complejidad y en su conflictividad.

En su diversidad. Porque las sociedades antiguas, como las modernas, no formaron un solo bloque monolítico de gentes con las mismas condiciones de vida sino que se articularon en distintas clases y grupos (naturalmente, cada uno puede llamarlos como quiera, siempre que no se niegue su existencia) con situaciones claramente diferenciadas, por lo que nunca podría bastar el estudio de un solo grupo y el relegamiento de los demás. Porque, en relación con los distintos condicionantes (natural-ecológicos, demográficos, tecnológicos, sociales y político-ideológicos) se desarrollaron distintos sistemas económicos no sólo a lo largo de los tiempos sino también, en cualquier época, a lo ancho de los espacios antiguos: los orientales en su variedad, los de las *póleis* griegas, los autónomos de subsistencia de predominio ganadero de las zonas periféricas y de montaña de época griega y romana, los autónomos, igualmente de base ganadera, de las zonas esteparias y subáridas, los controlados de latifundios y villas de época romana, entre otros. En estos sistemas, las formas de vida de las gentes fueron diferentes (tanto dentro de cada uno de ellos como en su confrontación mutua) como lo fueron sus poblados, aldeas y ciudades, su estructura social, sus costumbres, sus creencias, sus valores y sus lenguas. Unas condiciones de vida que iban dejando su impronta en la tierra dando lugar a espacios, paisajes y territorios también diversos: más o menos recorridos y casi autónomos, acondicionados, ordenados y controlados, siendo ya, como eran, claramente diferentes desde la perspectiva natural-ecológica (centroeuropes y nor-occidentales húmedos, mediterráneos, áridos y sub-áridos, esteparios, del bosque y de la montaña o costeros). Ofrecieron, en cada época, la impresión de un mosaico de formas de explotación del territorio y sus gentes (por más que, en algún momento los grandes sistemas político-sociales lograsen dotar de ciertos tonos de uniformidad a algunas zonas), que la evolución temporal no haría sino aumentar. Y viviendo sus vidas en estos sistemas y paisajes tan variados el conjunto de gentes que solo podrían ser parcialmente comprendidos en clases y grupos si se tienen en cuenta la multiplicidad de parámetros aludidos (ricos-pobres, minorías-mayorías, urbanos-rústicos, del centro-de las periferias, hombres-mujeres, libres-dependientes, niños-adultos, propietarios-no propietarios, etc.).

En su complejidad. Porque no se puede, hoy, dar un paso atrás e incurrir en la simplificación, en el reduccionismo, de tomar como válido, por muy importante que sea y se trate del que se trate, un solo referente de los aludidos. Y ya hay complejidad en cada uno de ellos, cuya consideración es necesaria aunque insuficiente. Es la atención conjunta a la relación siempre dinámica y compleja establecida entre los distintos grupos

y subgrupos (en que se articula cada uno de los componentes de cada parámetro, tanto hacia el interior de sí mismos como hacia el otro componente) así como la consideración conjunta, en sus múltiples cruces e implicaciones, del resto de referentes, a pesar de sus dificultades, la que puede ayudar a comprender la situación y evolución de las sociedades antiguas (su seguimiento, pues, no es fácil, pero la facilidad no es un rasgo de la complejidad y, menos aún, tratándose de mi espesura). Porque, es verdad que las dificultades con que se encontró el pensador, al enfrentarse con el estudio de la naturaleza o de la sociedad, le condujeron, necesariamente, a la simplificación radical de los fenómenos naturales y sociales, a través del proceso que fuera denominado «paradigma de la simplificación», sustentado en principios considerados científicos e inviolables (por ejemplo, p. de la universalidad, de análisis, de búsqueda de orden y leyes invariables, de causalidad lineal, de determinismo universal, de aislamiento de objetos o situaciones, de eliminación del sujeto del conocimiento científico y de objetividad consecuente, de la aplicabilidad exclusiva de la lógica clásica... y tantos otros que, desde hace tiempo, considero mis adversarios teóricos favoritos). Fue en otro tiempo (así lo quisiera). Pero ya va siendo hora, ahora, de afrontar las dificultades que el estudio de la sociedad ofrece dejando el lastre del viejo modelo y sustituirlo por el «paradigma de la complejidad», capaz de sumergirse en la heterodoxia y hasta en la herejía (de todas formas, seremos tachados de tales), en la autocrítica, en la expansión de un tipo de racionalidad que se atreva a enfrentarse, descaradamente, con la autoridad de los viejos principios para irlos sustituyendo, poco a poco, por otras ofertas reflexivas. O, sencillamente, aunque no se construya, por el placer de destruirlos. También esos principios, durante siglos, con sus perspectivas erráticas e interesadas, han arruinado gentes y frustrado expectativas, no sólo científicas sino también sociales. ¿O no?

En su conflictividad. Porque la misma existencia de clases y grupos supone la desigualdad social y ésta implica —y se explica, a su vez, por— la violencia de la explotación, que ya es conflicto, al margen de que se manifieste, o no, en la lucha social o política. O, dicho de otro modo, las sociedades antiguas fueron violentas y conflictivas por el hecho mismo de ser desiguales y contradictorias. Lo fueron en la medida en que los grupos explotadores agredieron y en la medida que las gentes explotadas sufrieron, fuese cual fuese su respuesta, el impacto de la agresión. Y eso es violencia y conflicto. Porque hay violencia, aunque aparentemente exista calma social y política, aunque no se quiera reconocer, cuando los seres humanos, hombres o mujeres, no disfrutaban de las mismas opciones

o posibilidades para realizarse somática, afectiva e intelectualmente. Y esta violencia nunca atendida, la *violencia estructural*, que, en última instancia, se corresponde con la injusticia social, siempre activa y siempre silenciada, fue la responsable de que unos pocos nacieran predestinados para disfrutar de todo tipo de bienes materiales e intelectuales, y otros, todos los demás, a verse privados de ellos o, lo que es peor, a padecerlos. Así, los conceptos de conflicto, violencia, desigualdad, explotación, injusticia o contradicción social son tan cercanos, tan íntimamente ligados e interdependientes, que resulta muy difícil marcar fronteras entre ellos. En realidad, en mi opinión, reflejan, desde distintos ángulos, un mismo fenómeno: el del abuso y la agresión (de ayer y de hoy) de unos hombres sobre otros. (Da igual, se seguirá hablando de *pax romana* para referirse al período más feliz en la depredación y rapiña de los pocos sobre los muchos. Y se sigue llamando «paz», sin sonrojarse por el sarcasmo y el vituperio que supone, a los momentos en los que los pocos la disfrutaron a costa del sufrimiento de los muchos).

Ahora bien, para tal empeño, para cumplir con los objetivos marcados, la dura realidad avisa de las dificultades: apenas se dispone de unos pobres restos provenientes, en su mayor parte, de la actividad material y espiritual de un solo sector social, minoritario además, el de los grupos propietarios y sus aledaños. La pregunta es ¿con tales medios, con tales instrumentos de trabajo es posible acercarse a los fines propuestos? Bien, se poseen esos restos ...y, también, la capacidad reflexiva y el sentido común, que nos advierten que la información nos llega por cañerías contaminadas, a veces nauseabundas, con sus elogios, sus disfraces, sus silencios, sus descalificaciones... Y se pueden filtrar esas aguas y depurarlas, tratando de descubrir los motivos de los dominantes. Y se pueden aislar sus estrategias e ir logrando una potabilización que habrá de permitir observar a través de ellas, ya más claras y diáfanas, las condiciones de vida de los demás. Y se puede, también, estar preparado y tratar de aumentar nuestras defensas orgánicas y vacunarnos ante los agentes patógenos que nos vienen de lejos (y de cerca). Y se puede, además –si se quiere, claro– no conformarse con cumplir los sueños, con satisfacer los deseos nunca bien disimulados de las minorías y no tomar nunca como única voz la suya. Y buscar la posibilidad de tender otras cañerías que nos permitan la llegada de otras aguas. Y, en ese intento, se puede tener esperanza (aquella *docta spes* de Bloch) y hasta soñar con otro horizonte más limpio aunque el protagonista de esos sueños sepa que él no lo logrará nunca. Pero de ese sueño puede salir la fuerza que le permitirá luchar, de un modo o de otro, contra los propósitos de perpetuación de los intereses de los dominantes

de ayer y de hoy. Porque, del mismo modo que unos, estudiando personajes y minorías, pueden, con todo su derecho, tratar de afianzar sus perspectivas sociales, pueden, también, otros, relegando esos personajes y minorías, reclamar las suyas. ¿O no? Y puede considerarse positiva toda actitud de insatisfacción y búsqueda consecuente de nuevas opciones historiográficas aunque lo embrionario e indefinido de sus metodologías lo arrojen inerme ante las descalificaciones que, indefectiblemente, habrán de venir de la sensatez, de la cordura, de la sabiduría, de la seriedad, de la circunspección, de la gravedad, de la solemnidad, incluso, de la ortodoxia de los poseedores de la razón, de los dueños de la verdad, que, casualmente, suelen ser, también, los dueños de la Historia.

En este universo conceptual e historiográfico se inscribe la búsqueda constante de nuevas vías de reflexión, de nuevas fuentes, sin que, a pesar de las amenazas vertidas, ello suponga el abandono de la tarea de cuidar, mimar, sanear esas viejas cañerías, que son, y seguirán siendo, aunque a algunos nos duela reconocerlo (y, como se ve, nos duele), nuestros puentes fundamentales con las gentes de la Antigüedad.

V. LA OPCIÓN DEL GIREA Y LA TIERRA COMO FUENTE

Desde la óptica de la insatisfacción, la inquietud y la búsqueda permanente aludidas, sigue siendo admirable aquel intento ya lejano, pero todavía joven y prometedor, que partiera del reconocimiento del valor de la propia tierra como fuente histórica. Han pasado los años (se cumple este año de 1998 su XXV coloquio) y, hoy, pocos rechazan, por su obvedad, la forma en que la vida de los hombres es capaz de crear, de dibujar y configurar paisajes sobre la tierra y que, en consecuencia, a través del examen de los perfiles dejados, es, también, posible llegar a sus condiciones de gestación y a las mismas vidas de sus creadores. Nada más obvio, pero había que verlo. Nada más diáfano, pero había que descubrirlo. Sirvan, pues, estas breves alusiones a la tierra como fuente, además, de homenaje para quienes, considerados en su momento visionarios (y otras cosas peores), supieron ver, en la génesis, definición y evolución de espacios, paisajes y territorios, el impacto de unas relaciones sociales responsables, siempre, de los derechos de propiedad y uso de la tierra. Sirvan de reconocimiento para quienes supieron captar las formas en que se concretaron, en aquellas tierras, unas relaciones de fuerza, unas relaciones de explotación-predación, por las que los grupos propietarios trataron siempre de apropiarse de tierras y gentes.

En efecto, las sociedades antiguas, en función del tipo de relaciones sociales, actuaron sobre su entorno creando morfologías peculiares y dando forma a paisajes históricos específicos. Se trata, pues, ahora, de analizar y comprender, de pensar aquellas sociedades a través de sus conductas medio-ambientales y espaciales. Buscar las huellas de aquellas formaciones territoriales no constituye, pues, un juego de curiosidad erudita. Reconstruir aquellos viejos rompecabezas —con sus parcelaciones, horizontes de arado, pozos y fosas, terraplenes y empalizadas, caminos y calzadas, canales, acueductos, zonas de irrigación y otras formas de intervención hidráulica, enterramientos, minas, suelos intervenidos o artificiales, roturaciones parciales y deforestaciones totales, restos de construcciones rústicas, edificios religiosos, villas, poblados y aldeas con sus límites y confines, etc.— reconstruir los paisajes históricos de la Antigüedad, no es un entretenimiento desinteresado de sabios. Identificar y reconstruir aquellos campos ordenados y controlados, aparentemente terminados, es percibir, con ellos, unas peculiares relaciones sociales que, sin duda, fueron las relaciones de explotación-predación del ser humano más evolucionadas y perfeccionadas de la Antigüedad: las de la villa esclavista imperial. Fueron tierras dominadas, sometidas, racionalizadas como ejercicio, demostración y exhibición de su poder, de su fuerza y capacidad de control, al igual que demostración de su voluntad de integración de los sometidos. Fue el orden escrito en la propia tierra, percibido por los dominantes como reflejo del orden del cosmos (algo así como aquel otro «hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo») y garantía de su razón, pero concebido y sentido de forma diferente por quienes lo padecieron: como concreción de la voluntad de los fuertes y como dominio inexorable e ineludible de la ley y el orden impuestos por los grupos propietarios. Reconstruir y estudiar, ahora, aquellos paisajes y territorios constituye una forma, afortunadamente, ya no tan nueva, de aproximarse a los campos y a las condiciones de vida de las gentes que los poblaron. Ser capaz de ver, en fin, la continua resolución de los espacios, el dinamismo de los paisajes, la articulación constantemente renovada de los territorios, es percibir y reflexionar sobre los elementos y factores que determinaron su establecimiento así como las condiciones de vida de sus gentes, tanto de quienes los ordenaron y configuraron como de aquellos otros que vivieron en ellos, los trabajaron y padecieron.

El método, una vez asentado, da lugar en su fructífero recorrido, a nuevas corrientes de interpretación, a perspectivas particulares, en relación con las actitudes específicas de cada estudioso dando la impresión, incluso, de que se alejan de las intenciones originales de sus creadores. Tal hecho

—«para aviso de navegantes»— no debe entenderse nunca como señal de peligro sino como prueba de su vitalidad y dinamismo. En mi opinión, *se trata de efectuar un camino de ida y vuelta*. Se trata de identificar, con el mayor detenimiento, las formas específicas por las que un sistema social impacta sobre los paisajes históricos existentes para ir configurando, en relación con su propia identidad social, un paisaje diferente: su propio paisaje histórico (es la ida). Y, después, bien identificadas ya las formas de actuación de ese sistema social, a través del estudio de los restos, más o menos desdibujados, de sus paisajes, ser capaz de arribar al fundamento mismo de las realidades sociales que los crearon (es la vuelta).

En el caso del mundo romano, foco de atracción primaria de los pioneros, éstos son, en mi opinión, esquemáticamente, los mecanismos fundamentales de impacto sobre el espacio y la creación de paisajes:

1. *Intensificación de la explotación agropecuaria de la tierra*. Si la tierra constituyó la fuente de riqueza fundamental, en toda época y lugar de la Antigüedad, la intensificación de su capacidad productiva, impuesta por los dominantes, supuso el factor más decisivo en la degradación ambiental, en la caracterización de espacios y en la creación consecuyente de nuevos paisajes. La sobreexplotación agraria y ganadera suponía la erradicación constante y la lucha continuada contra el poliformismo de las especies botánicas y zoológicas indígenas y su sustitución violenta por especies vivas «más rentables» y menos diversificadas, con lo que se arruinaban los ecosistemas previos, en tanto que los promovidos ofrecían sus flancos descubiertos y desprotegidos a ritmos crecientes de erosión y degradación. Los distintos territorios, en función de la rentabilidad de su explotación, bajo la presión constante de las necesidades (cada vez mayores) que habían de satisfacer, iban adquiriendo, así, una fisonomía específica, cada vez más alejada de las formaciones que les habían precedido.

2. *Implantación y dinamización de formaciones urbanas*. La ciudad, en el sentido que se viene considerando, actuó como un sistema concentrado de acción antrópica sobre su entorno alterando gravemente tanto el relieve como las especies vegetales y animales por sobreexplotación intensiva y continuada del medio. En función de su magnitud, creó un sistema de acción morfogénica específico, por su dinamismo y por su fisonomía, impulsando toda una red de servidumbres medio-ambientales capaces de marcar decididamente paisajes y territorios.

3. *Creación y mantenimiento de toda una red de comunicaciones*. El asentamiento, a gran y pequeña escala, de vías de comunicación terrestres, fluviales y marítimas, con sus infraestructuras correspondientes,

resultó imprescindible en la creación y consolidación-afianzamiento del control, dominio, explotación, predación de tierras y gentes. Naturalmente, dejaban su huella en los territorios.

4. *Aceleración en los ritmos de deforestación y sus consecuencias morfogenéticas.* Múltiples fueron las causas que impulsaron el retroceso de la foresta y la cubierta vegetal:

—la extensión e intensificación de las explotaciones agrarias y la necesidad consecuente de constantes roturaciones allá donde aún era posible,

—la intensificación de usos ganaderos de la tierra y sus exigencias de periódicas quemas de bosques en aras de obtención de nuevos pastos así como la actividad anti-regenerativa vegetal de algunas especies ganaderas, capaces de resucitar unas formaciones morfológicas de relieve en rextasia, —el desarrollo de la urbanización y el impulso, más o menos artificial, de las formaciones urbanas y sus necesidades madereras en la calefacción, en la cocina, en el mobiliario o en la construcción,

—las necesidades de combustible de los distintos tipos de talleres artesanales,

—los requerimientos de las actividades militares y, sobre todo, bélicas (construcción naval, trabajos de asedio-ataque y fortificación-defensa o, sin más, destrucción deliberada de masas boscosas para controlar estratégicamente territorios),

—las actividades mineras constantes, entre otras.

Ahora bien, si las formaciones vegetales continuas actuaron siempre como fijadores geomorfológicos eficaces, con su capacidad natural para la regulación de los ritmos hídricos, de retención y absorción de aguas, de renovación constante de humus y creación de suelos, de regularización segura de los aportes de ríos y fuentes, su existencia garantizaba la permanencia de formaciones en biostasia que, en la práctica, casi suponían el descanso morfogenético. Sin esos bosques, sin la protección de esas coberturas vegetales continuas, la actividad morfogenética se desesperezaba de su letargo para desarrollar una actividad intensa y frenética capaz de dejar clara su impronta sobre el terreno: desaparición de humus y suelos, empobrecimiento de horizontes edáficos, alteración o desaparición de arroyos y fuentes, frecuencia de arroyadas, avenidas y desbordamientos, aumento de aluvionamientos, incremento de acumulaciones sedimentarias en zonas bajas, creación de zonas insalubres y pantanosas, aumento generalizado de la degradación y erosión, etc.

5. *Intensificación de formas específicas de ordenación y explotación del territorio,* de las que tan buena cuenta dan los agrónomos y autores gromáticos antiguos.

6. *Impulso de todo un conjunto de construcciones*, de clara incidencia en la fisonomía del paisaje y el territorio, fueran de carácter económico, social, político, militar o ideológico: como las villas y sus parcelaciones, edificios y límites, las ciudades con sus emplazamientos, edificios públicos y privados, sus sistemas de defensa y sus espacios religiosos o sus zonas suburbanas, las calzadas y sus exigencias, los puertos fluviales y marítimos...

Pero es la consideración del conjunto de huellas lo que es capaz de ofrecer la medida en que la presencia romana alteró tanto las relaciones de los hombres entre sí como las relaciones de los hombres con el entorno, capaces de dejar sus huellas sobre la tierra en forma de paisajes y territorios bien diferenciados. Sobre aquellos paisajes se han ido superponiendo, en relación con el impacto de factores naturales y antrópicos, otras formas de vida, otros tipos de relaciones sociales, otras historias, que han ido recreándolos sin cesar y la tierra se comporta, así, como un enorme palimpsesto sobre el que se escriben y se borran, se perfilan y se desdibujan, paisajes y territorios sin fin. Y, ahora, si se es capaz de reconstruir los viejos paisajes, en muchas ocasiones, casi imperceptibles, se será capaz, también, de observar las condiciones de su gestación y las formas de vida de quienes los crearon, de quienes los impulsaron y de quienes los padecieron. Adquieren, así, sentido histórico tamaños esfuerzos y desvelos por reconstruir, en un puzzle eterno, catastros y parcelaciones: ayudan a clarificar las líneas dominantes en la creación de espacios y paisajes ofreciendo nuevas formas de reflexión, tanto sobre los propósitos de sus creadores e impulsores como sobre las condiciones de existencia de las gentes que los habitaron y trabajaron. Descubrir las formas de ordenación del territorio es aproximarse no sólo al control de la tierra sino también a los ininterumpidos esfuerzos por controlar y explotar la vida material y espiritual de las gentes... Y de esta forma, mirar la tierra se convierte en una actitud historiográfica y la tierra misma en fuente histórica.

VI. LAS FUENTES ORALES

1. Recapitulación

De la misma insatisfacción, del mismo inconformismo, del rechazo de las nefastas consecuencias que el aludido «paradigma de la simplificación», concreción epistemológica del Positivismo (y no sólo del Positivismo) y sus lamentables primeros principios en el ámbito de la Historia

Antigua, nació y se fue desarrollando, cada vez con más fuerza, el convencimiento de que resultaba socialmente imprescindible la búsqueda de nuevos puentes con la Antigüedad. Son, pues, los mismos móviles (o próximos, al menos), emocionales y racionales. Los mismos que han estimulado y seguirán estimulando los esfuerzos de quienes se sienten incómodos con un seguidismo intrínsecamente comprometido con el conservadurismo (de ellos soy deudor). Se trató, en principio, de descubrir las falacias y enredos de los llamados «protagonistas de la Historia» (y, también, y a la par, de los «grandes protagonistas de la Historiografía»). Forzosamente, debía haber una parte destructiva e iconoclasta, pero lo importante, como en todo sistema, fue el atrevimiento de las nuevas ofertas reflexivas. Y fue (y sigue siendo) preciso, ya desde el principio, afrontar y afrentar, desde la misma Teoría Social, no pocos bien guarnecidos principios epistemológicos que servían (y sirven) de baluarte para lo que nos parecía un uso artero del pasado. Sin dejar de reconocer el gozo, el placer y el deleite de la infracción y el pecado, el móvil era el convencimiento de que la disciplinada uniformidad de actitudes historiográficas era el peor de los lastres teóricos, el peor de los pecados sociales, la ruina del espíritu crítico y la agonía de la dignidad social... Era el convencimiento de que, con dificultad, se podría producir algún avance significativo en ese pensar el pasado –según la concepción expuesta– desde la mera acumulación de conocimientos obtenidos a través de las fuentes tradicionales en sus usos habituales y la sensación de premura consecuente por introducir nuevas perspectivas. Por mucho que se admire y se respete a nuestros maestros. Y es verdad que, a veces, se puede dar la impresión (cierta, además), de no saber dónde se va pero si se cree saber dónde no se quiere ir y qué cosa no quiere ser: parte integrante de un sistema historiográfico dogmático y perverso, tanto en sus métodos como en sus consecuencias sociales. Tampoco tengo conciencia de sostener, a ultranza, el «todo vale» de la nueva epistemología anarquista de Feyerabend, pero nos han parecido siempre preferibles los riesgos de la diversidad (incluso, de la debacle) a los peligros de la uniformidad impuesta, que, inexorablemente, conducen a la ruina de la capacidad crítica y, por tanto, también, de la propia Teoría Social. *Se pretende injuriar, pues, un poco, al discurso cerrado, que se cree dueño de la verdad, con la oposición de una actitud de rebeldía, de insumisión, que, sin embargo, confía en no ser seguido por nadie porque le podría estorbar el libre discurrir de su pensamiento* (empezando por mí mismo, con el rechazo permanente de mis falsas sensaciones de certidumbre, atiborradas de aporías e insuficiencias, que, si no se abandonan, es sólo porque no se conocen, por el momento, opciones, socialmente, más

generosas). Opciones, que no verdades. Porque no creo en las verdades sociales. Y, otro tanto, pienso de las actitudes, que, por lo demás, nunca son verdaderas más allá de su lugar de origen. Sólo son sinceras, o no, y eso termina en el propio sujeto del que parten. Tampoco se quiere convencer a nadie. Entre otras cosas, porque no creo que nadie tenga derecho a tratar de convencer a nadie. Solo dar testimonio. Humildemente.

2. La ida... o la gestación de los paisajes orales

Como en el caso de la consideración de la tierra como fuente, como habría de procederse, de un modo u otro, con el resto de fuentes, de origen individual o colectivo, para la Historia Antigua, se propone emprender un camino de ida y vuelta. Se trataría, en primer lugar, de comprender los mecanismos de gestación y evolución por los que algunas actitudes o pautas de conducta, algunas visiones del mundo o representaciones mentales, quedaron plasmadas y fijadas en determinadas locuciones, que gracias a los elementos externos e internos que poseían, fueron capaces de conservarse imprimiendo carácter a unos paisajes (espero que se me tolere el uso de este término, sobre todo, cuando, en forma espúrea, se han usado tantos términos y conceptos), ésta vez hablados, con sus rasgos, sus peculiaridades y referentes, que habrían de permitir, en el futuro, su reconocimiento (*es la ida*). Para después, estar en situación de poder analizar los restos de esos paisajes hablados, conservados en forma de expresiones habladas fijas o casi fijas —que, como ruinas del paisaje oral, se conservan aún en pie, gracias a su conservación por escrito—, de tratar de acercarse a las actitudes y valores que los suscitaron y fijaron en el tiempo y, a través de ellos, a las relaciones sociales que los sustentaron (*Es la vuelta*). Así pues, si en el caso de la comprensión de los territorios el camino propuesto va de las relaciones sociales a la tierra (ida), para volver, luego, de la tierra a las formaciones sociales (vuelta), proponemos, aquí, la marcha desde las formaciones sociales a la oralidad (ida) para poder proceder, después, desde los restos de la oralidad a las formaciones sociales que las configuraron (vuelta). Y, también, como en el caso de las parcelaciones y demás marcas territoriales, podría cobrar sentido histórico esta otra manía por investigar e identificar las marcas de los paisajes, esta vez orales, buscando sin cesar fábulas, cuentos, chistes, *maledicta* e imprecaciones, canciones, paremias... Es un esfuerzo más vago, más difuso, más etéreo, más subjetivo, si se quiere, pero *si los restos conquistados permiten pensar socialmente el pasado* (un poco más,

al menos), según las formas enunciadas anteriormente, *sin duda, podrán ser consideradas, con pleno derecho, fuentes históricas.*

Porque, aún cuando, tan grotesca como obstinadamente, una parte de la Humanidad, la minoritaria, haya negado siempre a la otra, la mayoritaria, toda capacidad de pensamiento recto y sentimiento correcto, se nos ha ocurrido siempre sostener, como principio heurístico fundamental e irrenunciable (aunque principios, axiomas y verdades obvias siempre me han producido fastidio: invitan a la aceptación acrítica de la autoridad intelectual, a la holgazanería mental, a la alienación ideológica) que, en el mundo antiguo, como en el nuestro (y me da lo mismo de qué mundo o país se trate), todas las gentes pensaron y sintieron. Y en insistir e insistir en este aserto (que no mostrar su verdad a nadie), a pesar de su aparente trivialidad, consiste el móvil básico de nuestro esfuerzo historiográfico. Porque, sin dar demasiada importancia a eso que se denomina tiempo (al menos, en su sentido estrictamente matematizable o cronométrico), afirmar que todos pensaron en la Antigüedad es tanto como afirmar que todos son capaces de pensar hoy. Porque no creo que se pueda aspirar a una sociedad igualitaria sin reconocer a *todas las clases y grupos sociales* sus propias creaciones y tradiciones ideológicas, expresión de cómo se concebían a sí mismos y a «lo otro» (lo físico, lo humano, lo divino), concreción de su identidad histórica, que, por encima del tiempo, constituye, también, su identidad social. *Y dejar asentadas las capacidades mentales y afectivas de las gentes de ayer es tratar de asentar las capacidades de todas las gentes y pueblos de hoy...* Y ya no sería necesario liderar ni catequetizar ni tratar de convencer ni persuadir a nadie. Y las gentes ya serían capaces de moverse solas, si quieren, sin pretendidos salvadores ni guías ni misioneros ni maestros de la verdad inspirados por no se qué dioses. ¡Que los (nos) dejen en paz, de una vez!

Porque las gentes pensaron, sintieron y, además, lo expresaron (aún cuando la expresión de sus sentimientos no fuera una condición específica de su existencia). Sólo que, impedidos por un cúmulo de factores-circunstancias demográficos, tecnológicos, económicos, políticos e ideológicos, para expresarse a través de los mismos medios que las minorías, lo hicieron a través de otros que también debieron compartir con los demás grupos. Y si el progreso tecnológico fue introduciendo, constantemente, nuevas y eficaces formas de expresión, nunca puede confundirse la entrada de esos sistemas con su uso socialmente generalizado. Por el contrario, tales sistemas, por mil motivos, quedaron siempre circunscritos a las minorías, por lo que las formas de comunicación oral no sólo permanecieron vivas para todos sino que, para la más aplastante mayoría de la población, junto

con el gesto, fueron las únicas. No podían expresarse, desde luego, a través de las mismas grandes construcciones materiales y mentales que las minorías, a través de los grandes monumentos arquitectónicos, de las espectaculares representaciones plásticas, de las magníficas obras literarias o filosóficas... pero de ahí no se puede deducir nunca, sin que intervenga la maldad, que no tuvieran nada que expresar, bien por incapacidad mental o afectiva bien por coincidir, fundamentalmente, con unas minorías que ya expresaban sus sentimientos mejor que ellos. Sus limitaciones eran, sobre todo, «mediáticas» y, por lo demás, resultaban coherentes con el desarrollo histórico, esto es, con su menor capacidad económica y tecnológica, su casi incapacidad política y su analfabetismo. No tenían forma alguna de acceso a los grandes vehículos de expresión específicos de las minorías y los pocos que se les ofrecían abiertos, debían compartirlos, en muchas ocasiones en desventaja, con los demás. Pero, claro que se expresaron y manifestaron, sólo que, naturalmente, a través de los vehículos que les resultaban accesibles. Y uno de esos vehículos de expresión, abierto, además, a todos los grupos, fue la palabra hablada, de la cual algunos fragmentos se han conservado permitiéndonos llegar, aunque con dificultades, con muchas dificultades, hasta sus emisores. Esas viejas y venerables palabras escondidas son las que se buscan, «porque la voz escrita transmitida es solo la voz de unos pocos y a unos pocos representa. Dotarla de absoluto predominio o, lo que es peor, de exclusividad es contribuir a perpetuar una ideología asentada en la explotación económica y en el exterminio de pueblos y gentes», constituyendo un abuso historiográfico sin posibilidad alguna de justificación teórica ni social.

Porque no se me ocurre ningún motivo racional (aunque sí puedo atisbar intereses ocultos) para pensar que aquellas aplastantes mayorías fueran seres irracionales, naturalezas vivas descerebradas, míseros domésticos, incapaces de percibir sus condiciones de existencia y de saberse humanos (como no puedo pensarlo de tantas gentes y pueblos de hoy). El uso de la lógica, en cambio, me invita a pensar lo contrario: que sí podían ser, comportarse y saberse humanos, esto es, conscientes, en general, del mundo y la situación que vivían y capaces de percibir, en consecuencia, lo que ocurría a su alrededor. Es la contemplación de la Naturaleza lo que me invita a esperar que cada ser vivo, cada especie vegetal o animal, se comporte y reaccione según su naturaleza (como tributo al modo en que las ciencias sociales han sido siempre tributarias –casi nunca, felices– de las físicas) y que, en consecuencia, los hombres y mujeres, dotados de consciencia, se comporten como seres racionales, percibiendo, con mayor o menor tino, sus condiciones de existencia y la realidad en

que viven inmersos. Y, si la realidad social que vivieron, fue una realidad dominada por la desigualdad, la explotación, la conflictividad o la violencia (da lo mismo como se exprese), ésta fuera percibida, de algún modo, por quienes la padecieron. Y que pensarán que, en su mundo, reinaba la violencia y no la justicia, que sólo se imponía la ley del más fuerte y no la equidad, que la sociedad estaba rota entre poderosos y débiles, siempre enfrentados a causa del conflicto de intereses, siendo el enfrentamiento responsabilidad de la insaciable voracidad de los dominantes. Que fueran conscientes de la opresión que padecían, que no se sintieran a gusto con ella y, que, si creían tener posibilidades de éxito, quisieran escapar de la misma a toda costa y disfrutar de mejores perspectivas. Que denunciasen y rechazasen las injusticias que soportaban, aunque, naturalmente, el miedo a padecer las represalias que, según tenían bien aprendido, caerían irremediabilmente sobre disidentes y rebeldes, les invitara a guardar silencio, no por estar de acuerdo con sus dominadores y explotadores sino por elemental sentido de supervivencia (¿Quién dudaría que sólo el Poder tuvo, y tiene, verdadera libertad de expresión?). Cabe pensar, pues, que, aunque algunos de ellos se dejaran seducir y captar por los mil y un ardidés (materiales, intelectuales o espirituales) de los poderosos para «convertir el agua en vino» afirmando que no era el suyo un sistema perverso sino natural, que la violencia y su dominio eran necesarios, que sus soluciones eran las únicas posibles para el bien de todos, cabe pensar que no todos se dejaran convencer por tales argucias y rechazaran, tanto el sistema en sí como sus estrategias de apoyo y demás dádivas religiosas o filosóficas, que poco o nada atendían-entendían ni querían atender-entender. Cabe pensar, pues, que fueran capaces de distinguir entre los coloridos y argumentos con que los dominantes disfrazaban su dominio y la realidad de angustia y precariedad que vivían.

Este reconocimiento —que no concesión— de unos mínimos de racionalidad a aquellas gentes, que les permitiera percibir, un poco al menos, sus condiciones de existencia, me parece infinitamente más coherente que esa especie de sumisión silenciosa, de acatamiento espiritual, complacido y convencido, imbuido e introducido en sus corazones y mentes gracias a la eficacia incontestable de unos mecanismos de acción ideológica capaces de integrarlos definitivamente. A propósito, ¿qué se entiende por integración? ¿el control de corazones y mentes? ¿el control de conductas? ¿el control de conductas a través del control de corazones y mentes? Porque, si se trata de control y sumisión de conductas, que parece ser lo que, prioritariamente, ha interesado, siempre, a los dominantes, la disposición efectiva de mecanismos económicos o policiales, parecen

resultar más efectivos, sirviendo los ideológicos solo «de comparsa». En tanto que parece más escurridizo argumentar, con un mínimo de solidez, el grado de eficacia logrado en el control de los corazones. Aunque quede bonito cerrar cualquier discurso mítico social (más mítico que social) con la alusión a la eficacia de tales mecanismos. A no ser que sigamos asumiendo, como primer principio heurístico que no necesita de otros argumentos, porque en sí mismo encierra la verdad inapelable, lo que no es sino el torpe enunciado de un insulto soez: el que, por otra parte, siempre ha provenido de la ciudad hacia los campos, hacia los rústicos, y que sostiene, como expresión de desdén, menosprecio y descalificación del explotado, sea la necedad supina del rústico, la idiotez del paleta, la imbecilidad asnil de la gente del campo o la inestabilidad mental y afectiva de la mujer, en suma, la incapacidad natural e irremediable de «lo otro». Y, gratuitamente, para para asistir la conveniencia que sea, para apoyar el interés que sea, nos inventemos un estado de necedad tan irremediable como irremediable fue su penuria vital: mentes frágiles y miserables para unas gentes frágiles y miserables. Y todos contentos. Se ha encontrado, por fin, el discurso feliz que seguirá aglutinando *ad aeternum* a todos los que, por un motivo u otro, sea de índole económica o intelectual, se consideran elegidos: «necios porque pobres, pobres porque necios» o «imbéciles porque trabajadores-rústicos-explotados, explotados porque imbéciles». Se trata, pues, de seguir afrentando, un poco al menos, un discurso que siempre nos ha parecido, teóricamente, arbitrario y, socialmente, destructor (por cierto, para que ningún espíritu sensible se ofenda, ¿qué sería de la Filosofía sin Dialéctica? ¿qué sería de la Teoría sin debate?... pues que ambas, según nos parece, tenderían a convertirse, por creerse verdaderas, en dogmas, esto es, en cuerpos doctrinarios cerrados y represivos).

Se debe reconocer, pues, que aquellas gentes (como nosotros) notaron, advirtieron y percibieron las peculiaridades del mundo que vivían. Y, a veces, no siempre, consciente o inconscientemente, lo expresaron pero, naturalmente, a través de los vehículos de expresión que les resultaban accesibles. Y uno de ellos, importantísimo ahora para la reconstrucción de sus vivencias, lo constituyó la palabra hablada, abierta a todos los que participaban de una misma lengua, sin distinciones sociales ni intelectuales. A través de la voz, siempre esquiva a la represión, en chozas, aldeas y campos, más que en calles y plazas urbanas, pero también en ellas, manifestaron sus valores, creencias y sensibilidades, lo que pensaban de su mundo y de los dominantes que los gobernaban y explotaban y a los que temían. Hablaban de los sinsabores de sus vidas, de sus estrecheces

y penurias cotidianas, de los peligros y la forma de prevenirse de ellos, de las conductas sabias y de las necias, de los abusos y de todas aquellas cosas, en fin, que constantemente les ocupaban y preocupaban.

Y algunas de aquellas voces, solo unas pocas, a lo largo de tiempos y espacios, fueron consideradas sabias, portadoras de la verdad, con soluciones infalibles para los distintos avatares de sus vidas. No se trata de juzgar, ahora, con el tiempo, si lo fueron o no (la disputa sobre la verdad y la razón no suele ser sino una argucia de los dominantes, de entonces y de hoy, para justificar y legitimar su predominio). El caso es que fueron consideradas verdaderas y remedios infalibles... y se fueron fijando... Y aquellas gentes, vírgenes de escritura y de otros sofisticados vehículos de expresión minoritarios, grabaron en el altar de sus memorias aquellas voces que les prometían solución a sus problemas y una vida mejor. De su preservación, creían, dependían la justicia, la armonía colectiva y hasta la supervivencia individual y comunitaria. Como voces incontestables, símbolos, incluso, de su propia identidad colectiva, debían ser mantenidas inalterables en lo esencial. Eran —o eran tenidas como— la concreción de su sabiduría y experiencias, logradas a través de aciertos y desventuras por la sucesión de generaciones y su único referente certero para solucionar sus cuitas cotidianas. Como verdaderos libros sagrados, como biblias habladas, eran los jalones, los cipos o miliarios, que marcaban y delimitaban sus caminos y sendas vitales. A estas voces nos referimos cuando hablamos de Oralidad y de restos orales, *por los que entendemos no todas las voces que sonaron sino sólo las voces maestras que sostuvieron, en cada época, el edificio social del lenguaje hablado, el paisaje oral*. Y toda su sensibilidad, su conciencia, se contenía y se expresaba en poco más que la voz y el gesto, en sus humildes construcciones materiales, en sus espacios y campos, en sus fiestas y celebraciones. Y los fueron mimando, apuntalando y preservando.

Debe reconocerse que es difícil, hoy, también prehistoria de tiempos por venir, en un mundo cada vez más dominado por los recursos informáticos, ver, con suficiente perspectiva histórica, las limitaciones de aquellos primitivos sistemas de expresión. Y se está tentado, incluso, de hacer extensivos a todas las gentes los recursos tecnológicos de la escritura y la plástica de que sólo disfrutaron unos pocos. Pero debe rechazarse de plano tal tentación, si se quiere ver la auténtica dimensión de la palabra, la voz y el gesto, allá donde no existen otros recursos expresivos.

Pero aquellas piedras angulares en el edificio de su moral, aquellos nudos en el tapiz de su saber, requerían, para llegar a ser tales, el cumplimiento certero de un conjunto de condiciones, de cuya satisfacción

dependía su ser y su perpetuación. Eran requisitos, unos, de orden interno, esto es, situados dentro de la propia fórmula expresiva. Externos, otros, ubicados fuera de esas fórmulas y situados ya en sus usuarios. Efectivamente, la fórmula o elemento expresivo hablado debía reunir las condiciones para poder recordarse y preservarse lo más fácilmente posible, por lo que debía no sólo ser breve sino también agradable de recordar. Debía, por esa misma brevedad, permitir la vuelta rápida al discurso del que solía constituir una digresión. Y, en fin, en su forma estable o casi estable, debían darse acogida a los más variados recursos mnemotécnicos que harían más fácil y agradable su recuerdo y que constituyen lo que nosotros denominaremos, entre otras, «marcas de reconocimiento» (como, por ejemplo, el ritmo, la rima, el paralelismo, la comparación, la elipsis, la metáfora, la hipérbole, la paradoja, el retruécano, las repeticiones en sus diversas formas, la anáfora, la anadiplosis o el poliptoton, entre otros recursos estilísticos). Y, también, la alusión a lo grotesco, lo prohibido, lo ridículo, lo increíble, todo aquello que, por lo extraordinario de sus rasgos, pudiera captar la atención de las gentes (eran los elementos internos). Debían poseer, además, contenidos magros y densos, capaces de atender y resumir, siempre guardando las formas agradables aludidas, con agudeza e ingenio, las sensibilidades, afectos, valores y actitudes de sus usuarios (eran los elementos externos).

Iban dibujándose, así, unos paisajes orales entre los que destacaban unos claros referentes de autoridad —también en la palabra hablada existieron jerarquías— preservados con todo el celo de que eran capaces por quienes participaban de unas mismas condiciones de existencia, y, por ello mismo, de unas mismas actitudes y predisposiciones. En ellos, pues, se iban perfilando con nitidez las mismas estructuras mentales y afectivas que las habían originado.

Podría, sin embargo, resultar conveniente advertir sobre algún aspecto del proceso, con frecuencia, erráticamente considerado. Así, constituye un disparate la concesión en exclusiva de la responsabilidad del dominio oral a las gentes del común. Tal aberración olvida que la Oralidad fue un campo de expresión abierto y compartido por todas las gentes y grupos, si bien, el hecho de que sea uno de los pocos medios para encontrar la voz de las mayorías, le dota de un valor especial, en tanto que la vida de las minorías puede ser enfrentada por otros medios (aunque siempre han de resultar enriquecidas al ser estudiadas desde este nuevo ángulo). En segundo lugar, el ámbito oral no constituyó nunca un campo uniforme, ni por sus contenidos ni por la forma de expresarlos, sino que dio lugar a distintos agrupamientos —que, después, serían considerados géneros orales—

en los que la relación de fuerzas mayorías-minorías se ofreció bien diferenciada, desde el claro predominio de un grupo social en un género hasta la participación o uso generalizado por todos los grupos sociales en un solo género oral. Por otra parte, y ello constituye el error más común entre los pocos que se interesan por estos temas, no puede confundirse jamás lo que hay con lo que hubo. Los restos orales conservados han llegado hasta nosotros gracias a su conservación por escrito y no puede establecerse concordancia alguna, en cantidad y calidad, entre la potencia de la oralidad antigua y la debilidad de lo conservado: muchas unidades se han perdido para siempre y muchas de las conservadas, al ser transcritas sucesivamente, han sido alteradas, manipuladas, suavizadas y edulcoradas. La vieja oralidad, tal como debió producirse, debió ser mucho más abundante, más libre, más dura y áspera, mucho más rotunda y conflictiva, que la conservada a través de su fijación por escrito, como, por otra parte, en cualquier época y lugar habría de ocurrir. De este modo, al lado de una oralidad que iba ya siendo transcrita, se iba desarrollando otra, la original y genuina, más real, más dinámica y grosera y, también, más agresiva y violenta con sus adversarios.

Y no pudieron tolerar, los dominantes, el libre desarrollo de un campo en el que, insistentemente, se les desenmascaraba, se les criticaba e injuriaba, se les agredía, en él que, a veces, además, se imponía la voz disidente y rebelde. Y debieron luchar, también, por el predominio en ese especial campo de batalla que fue la oralidad antigua. Porque podían tratar de reprimir aquellas indomables voces que contestaban, y hasta insultaban, a ellos mismos y a su predominio. Pero sin éxito. Podían, también, tratar de anular aquellas voces a través de las formas de expresión que controlaban en régimen de exclusividad con sus altas filosofías y erudiciones, pero sus esfuerzos resultaban vanos en un mundo de analfabetos. Podían mostrar su superioridad con sus grandes construcciones materiales, con sus refinadas sensibilidades plásticas... pero sus reflejos raramente alcanzaban los campos (porque resulta que hubo una enorme variedad de campos, por más que, como siempre ocurre, sus explotadores y adversarios los simplificaran y singularizaran). Y debieron avenirse a luchar por el dominio de la palabra en calles y campos. Pero, también, con éxito incierto, porque en este ámbito no tenían, o no eran tan significativos, sus privilegios. No importa que, en los restos orales transmitidos, prevalezcan las voces cultas y, por tanto, minoritarias, porque en el proceso de transmisión escrita, como es lógico, el panorama se alteraba ofreciendo una imagen falsa de la realidad. Poco a poco, pero sin descanso —que es como, sean del tipo que sean, se gestan los paisajes— se

configuraban y reconfiguraban los paisajes orales, siempre complejos, tensos y conflictivos como complejas, tensas y conflictivas eran las relaciones sociales que los generaban. O, más simplificada, unas relaciones sociales tensas, complejas y conflictivas generaron unos paisajes orales tensos, complejos y conflictivos. En ellos, en relación con sus bien diferenciadas condiciones de existencia, se producía, constantemente, el choque entre distintas formas de pensar y sentir la realidad y, también, el cruce, en función de la relación de poder existente, de distintas actitudes o estrategias.

Estas fueron las actitudes más significativas de los grupos propietarios, o de sus portavoces, ante la oralidad de signo popular (actitudes, que, dada la constancia de sus respuestas y la reiteración de sus componentes, bien podrían ser consideradas estrategias):

1. Persecución de la voz popular rebelde y esquiva, adquiriendo diversos grados de dureza e inflexibilidad, desde el intento de eliminación, sin más miramientos, con toda la violencia de que disponían, de la voz discrepante y de sus emisores hasta la suavidad de la constante disposición de los mecanismos de acción ideológica, pasando por infinitos grados, bien de benévola y paternalista captación de corazones, bien de hostilidad y desprecio hacia los géneros netamente populares y sus contenidos.

2. Pertinaz y obcecado silencio ante algunos de los tonos y constantes requerimientos del elemental discurso popular concernientes a la pobreza, la desigualdad, la violencia o la explotación social o genérica. Era la constante disposición del silencio, como expresión del retórico «no pasa nada» o «todo va bien», ante las permanentes denuncias y desenmascaramientos que les venían del exterior.

3. Creación de unidades orales cultas, reflejo, tanto por sus contenidos como por sus formas, de las sensibilidades de sus emisores y, en consecuencia, de eficacia defensiva y ofensiva limitada y radio de acción social restringido.

4. Decidida inmersión en la lucha por el control del espacio oral de las mayorías, adquiriendo, eso sí, diversas formas según cada caso concreto.

—Creación, *ex novo*, de unidades propias, con contenidos ajustados a sus propias sensibilidades, pero guardando, exquisitamente, los aspectos formales del género oral popular en el que aspiraban a zambullirse.

—Creación, también *ex novo*, de unidades que se oponían frontalmente a otras populares ya existentes o a una línea de ellas, pero guardando, en la medida de lo posible, su semejanza externa con ellas, tratando de parasitar, pero, ahora, para fines opuestos, su capacidad de seducción y sugestión.

—Manipulación, contaminación, tergiversación y falseamiento de unidades, grupos de unidades y hasta de géneros enteros, mediante la variación —o creación donde no existían— de elementos secundarios como enunciados, cierres o moralejas disponiendo toda una maraña intrincada y confusa de mensajes y contra-mensajes, de sentidos y sin-sentidos, de contradicciones internas y paradojas, que habrían de ofrecer a la posteridad el aspecto característico de aquellos géneros. Parece lógico pensar que, con este proceder debían aspirar a reconvertir las voces hurañas y los gritos rebeldes en signos de acatamiento y aplauso, capaces, por mimesis social, de atraer conductas semejantes. Y si, caso frecuente, no lo lograban, al menos, quedaba en pie su capacidad neutralizadora, aunque incurrieran en el riesgo de destruir la capacidad expresiva del medio. Era la traslación, en el dominio oral, de la salvaje estrategia de la «tierra quemada», del «para nosotros o para nadie». La medida en que lo logaran o no, a nosotros se nos escapa.

—Conveniente disposición de su buen gusto (forma peculiar de denominar una parcela significativa de sus intereses de clase), esto es, suavizando, edulcorando, maquillando y perfumando todas aquellas voces malsonantes para sus delicados oídos.

—Y no conviene olvidar que les quedaba, en gran medida, a ellos mismos o a sus sucesores, da igual, la decisión final sobre su conservación por escrito así como sobre la forma misma, más o menos genuina, de esa conservación.

Se iba desarrollando, así, la *oralidad de las gentes corrientes, de las mayorías, la oralidad popular*, la de las gentes de los campos y aldeas (y, también, de la ciudad) recibiendo, permanentemente, el acoso de otro tipo de oralidad. Podía ser ésta, culta, de ese tipo que suele denominarse «de consumo interno» para los propios grupos minoritarios. Pero, también, podía asumir todo el aspecto formal de lo popular y encerrar contenidos opuestos. Era la *oralidad dispuesta por los grupos minoritarios para las gentes corrientes*. Tenía los mismos ropajes y hasta los mismos tonos pero sonaba y olía diferente. Porque provenía del exterior, de otros hombres, de otros intereses, de otras formas de ver y sentir la realidad.

Por su parte, la oralidad popular, a pesar de los ataques y manipulaciones ininterrumpidamente sufridos, no dejó de desarrollarse, unas veces en forma autónoma, como concreción y, también, expresión de su conciencia, actitudes y sentido común, en otras ocasiones, como respuesta directa a las agresiones materiales e ideológicas que les venían de afuera. Y estas son las formas fundamentales que adquirió la oralidad popular, sin que, en este caso, por lo difuso de sus respuestas, en nuestra opinión, se pueda hablar, en sentido estricto, de estrategias:

1. Conformismo, consenso y aceptación, total o parcial, tanto con sus condiciones de vida como con las justificaciones y legitimaciones emanadas de los dominantes (si bien ha de destacarse que, muy a menudo, la uniformidad y el consenso son más aparentes que reales).

2. Manipulación y falseamiento de algunos de los temas y alegatos emanados de los grupos dominantes a través de la oralidad culta, mediante su reconversión y adaptación a los intereses de unas gentes que buscaban apropiarse de ellos.

3. Desarrollo de temas esencialmente propios sin vinculación aparente con la presión material, mental y afectiva a la que estaban sometidos.

4. Enfrentamiento violento con la realidad material de los tiempos así como con la ideología emanada de los dominantes (que, en mi visión, según se debe ir notando, no resulta coincidente con el concepto generalmente aceptado de «ideología dominante»).

5. Pertinaz y provocador silencio ante algunos de los grandes temas de los dominantes y de la oralidad culta, lo que, de ningún modo, puede ser explicado a partir de un supuesto consenso-integración de las gentes ni a partir de la constante alusión a la pérdida de temas orales ni, mucho menos, a partir de la recurrente insistencia en las limitaciones mentales de las gentes del común. En muchas ocasiones, habría de tratarse de un silencio consciente, activo y militante que debe entenderse como un gesto provocador ante los esfuerzos manipuladores y falaces de las minorías cultas o dominantes. Ahí radicaba gran parte de la fuerza, de la violencia y hasta de la agresividad de su silencio insoportable. Callar no era asentir. (Por el contrario, podía significar, como en otros tiempos, como en tantas gentes de nuestros tiempos, algo así como :»vuestras teorías, vuestras justificaciones y legitimaciones, vuestras proezas y méritos materiales y mentales, vuestro discurso, toda vuestra retórica, nos importa un rábano», como diría Baudrillard).

De este modo, sin dejar de atender a sus propias cuitas, se mostraban capaces de decodificar no pocos de los mensajes que les venían del exterior, de afuera, de los dominantes, aceptando unos, adaptando convenientemente otros, rechazando otros o, sencillamente, ignorando y «pasando» de muchos otros. Esta conducta, claramente definida, era la traducción, en el ámbito oral, del *ejercicio de su autonomía mental y afectiva, que, en lo fundamental, les empujaba hacia una conducta acorde con sus propias vidas, con sus propios códigos éticos e intelectuales, con su forma específica de percibir la realidad y de sentirse a sí mismos y a lo demás.*

Así se iban construyendo, definiendo y perfilando, siempre dinámicamente, los paisajes orales antiguos que, como la sociedad que los produjera,

no dejaron nunca de ser diversos, complejos y conflictivos. Eran diversos, porque la multiplicidad de contenidos y temas, combinada con la extrema variedad de fórmulas expresivas, se resolvía en un sin fin de referentes orales, capaces de atender a las mil y una necesidades de sus creadores, propagadores y usuarios. Eran complejos, porque ya existía complejidad, de acuerdo con las actitudes que habían de satisfacer, en muchas unidades aisladamente consideradas, y, mucha más complejidad en la suma de todas las de un mismo género y más, todavía, en la suma total de los distintos géneros existentes, esto es, en la globalidad del paisaje oral. Eran conflictivos, porque se gestaron, se usaron y se conservaron conflictivamente. Surgieron de actitudes e intereses violentamente enfrentados, ellos mismos objeto de disputa permanente, se usaron como arma de defensa y ataque y su misma conservación dependió de la relación de fuerzas entre grupos desiguales en situación de conflicto permanente.

Íntimamente ligados a la conciencia de las gentes, fueron, pues, la concreción y la expresión de sus actitudes e intereses. Fueron, para algunos, para las minorías, un medio más de expresión, quizás el más importante, pero sólo un medio más. Para los otros, en cambio, para las mayorías, constituyeron casi el único medio. De ahí que su importancia, para unos y otros, fuera diferente (y, también, para quienes estudian, hoy, a unos y otros). Pero en la difusa extensión de los paisajes orales, como en los paisajes terrestres, hubo lugar para la diferenciación de distintos dominios, según la relación de fuerzas actuantes en ellos. Así, aunque siempre disputados, los dominios de la fábula, del refrán grueso, del proverbio rústico, del cuento obscuro o grosero, del chiste procaz, de las maldiciones y exabruptos soeces, de las canciones burlescas, conocieron la primacía de la voz popular, a pesar de que, en las versiones escritas conservadas actualmente, por las afrentas, ultrajes y manipulaciones sufridas, tal primacía no resulte, en ocasiones, tan evidente. En las paremias cultas, en cambio, como la sentencia, el aforismo, el principio, el proverbio culto, el adagio, la anécdota culta, la máxima o el apogtema, se imponía, casi en exclusiva, la voz de unas minorías que tampoco dejaban de penetrar, por las vías aludidas, en los dominios plenamente populares. A pesar de ello, la conciencia de su fracaso o de su escaso éxito por controlar esos medios específicamente populares se tradujo siempre, en relación con el eterno abuso y explotación de los dominantes hacia las mayorías, a través de tiempos y espacios, en la más despiadada, más larga y más tenaz de las persecuciones que la Historia ha conocido. Porque, desde que la aparición de los restos escritos permite matizar más en las conciencias de los escribanos y atisbar en sus actitudes hasta hoy, el desdén y desprecio de bocas

y plumas cultas hacia lo popular, hacia el pensar y sentir de las mayorías, no ha dejado de desarrollarse. Y también, como no podía ser menos, en los estudios históricos, porque sólo tiene interés histórico, dicen, la voz sacralizada y convenientemente recogida en sus medios de expresión específicos, de los dominantes, de los grupos propietarios, de las minorías. Porque lo demás es basura, cuyo único problema consiste en su eliminación del panorama heurístico sin dejar huellas de su existencia, sin dejar residuos.

3. La vuelta... o la reflexión sobre las condiciones de existencia de las gentes a través de los paisajes orales. Compendios y metodologías

Como en el caso de otros paisajes, como en el caso de los paisajes históricos (en sentido estricto), los paisajes orales antiguos fueron desapareciendo no mucho después que las gentes que los modelaron. Algunas piedras angulares, sin embargo, de aquel gran edificio fueron capaces de sobrevivir, bien porque, tal como eran, pudieran seguir resumiendo necesidades afectivas y mentales de nuevas generaciones o bien porque, convenientemente apuntaladas y retocadas, resultasen apropiadas para atender a nuevas sensibilidades. Y otras, quizás menos eficaces (no se sabrá nunca), serían capaces de cruzar los tiempos gracias a su conservación por escrito. Lo que el estudioso de hoy encuentra son tan sólo algunos restos de esas piedras angulares, diseminados por aquí y por allá, mezclados casi siempre con argamasa y otros áridos desechables, constituyendo, como las piedras de un viejo edificio arruinado por los tiempos, una masa dispersa e inorgánica. La primera tarea de quien se interese por tales restos ha de consistir, por tanto, en tratar de disponer un poco de orden, unos mínimos cuidados en aras de su recuperación, conservación y uso para la Historia. Y se debe, en primer lugar, identificarlos, para, a continuación, agruparlos por géneros y subgéneros orales formando los correspondientes *corpora*, que, temáticamente clasificados, habrán de comenzar a servir ya para ponernos en contacto con las almas que los crearon y de ellos se sirvieron. Estas son, sucintamente, las fases elementales de esta tarea:

1.º Identificación de los restos de la oralidad antigua

En primer lugar, quede sentado que los restos a que nos referimos al hablar de restos orales son, fundamentalmente, aquellos que los estudiosos

modernos denominan fábulas o apólogos, cuentos, anécdotas, canciones, chistes o agudezas, imprecaciones y maldiciones, insultos, juramentos y *maledicta*, fórmulas y oraciones y, en fin, todas las paremias en su diversidad (refranes, consejos, frases hechas y dichos, expresiones comunes, proverbios, modismos y locuciones proverbiales, adagios, máximas, principios, aforismos y sentencias). Todos ellos, caracterizados por su uso oral, al margen de que también lo fuera su creación y transmisión, nos han llegado, con muy desigual fortuna, más o menos dispersos, en los restos escritos conservados. De este modo, mientras algunos de ellos, como la fábula, a pesar de su abandono y postración si se la compara con el grado de atención y mimo de los restos escritos, ofrecen un estado de conservación que puede considerarse relativamente positivo, otros, como el refrán o el grueso chiste popular, esperan aún que sus escasos restos sean redimidos. Se debe, en consecuencia, sin renunciar a la obligación de completarlas y enriquecerlas, aprovechar las ediciones y colecciones existentes, pero se debe, sobre todo, aceptar el reto de crearlas allá donde no existan.

De este modo, para redimirlos, hace falta, primero, ser capaz de extraerlos de los restos escritos en que se encuentran y, para eso, es necesario identificarlos con anterioridad. Ahora bien, no es posible, de ningún modo, la identificación de unidad lingüística o de género alguno, sin una caracterización lo más ajustada posible de los mismos, sin una definición (a pesar de que me repugne, no poco, la palabra misma y, más aún, el concepto mismo de «definición» por lo que significa de prepotencia y vanidad intelectual). Difícilmente, sin embargo, se podrá pretender, con seriedad, descubrirlos, encontrarlos o identificarlos sin conocer sus rasgos más destacados, aquellos que los especifican con respecto a otros más o menos cercanos. En una palabra, no se puede descubrir nada sin saber, con una mínima precisión, lo que se busca. Pero..., en nuestra opinión, en el caso de muchos de estos restos orales y, sobre todo, en el caso de las irrenunciables paremias, no es posible dar una «definición» de ellas. Y es que su rasgo fundamental para ser consideradas paremias (como ocurre con cualquier otro miembro de la rara familia oral) es la intensidad de su oralización, su poder de circulación, único referente, a su vez, para hablarnos de su grado de aceptación por las gentes. Y este grado será siempre inalcanzable y la unidad oral en cuestión, *sensu stricto*, indefinible.

En suma, en su «definición», premisa incondicional de su futura identificación en los textos, debe darse cabida no sólo a unos *elementos internos*, inherentes a su propio enunciado lingüístico, como bien destacan los filólogos, (diverso, según el género en el que se incluya, por tanto) que es posible describir y descubrir —como son su estilo, estructura y forma— sino

que, también, debe darse entrada a la consideración de unos *elementos externos*, relacionados con su presumible potencia oral, con su capacidad para ser asumida. Porque, confiando sólo en los elementos internos, en su aspecto lingüístico, puede darse el caso, y se da con cierta frecuencia, de creer identificar una unidad con todos los requisitos formales para ser considerada refrán popular (gracias al ingenio y a las intenciones de voces cultas, por ejemplo) y que no lo fuera en absoluto, porque su contenido le impidiera a ser adoptado como tal y, en consecuencia, apenas llegara a circular entre las gentes del común que debieran haberlo acogido y divulgado. (En cualquier caso, tal unidad habría de tenerse en cuenta, no porque representara sentir popular alguno sino porque su existencia habla de la conflictividad que presidió la gestación de las paremias antiguas). Ahora bien, en nuestra opinión, sólo es posible aproximarse al conocimiento de esos elementos externos a través de la comprensión de las condiciones de existencia y sensibilidades de las gentes, única referencia que podría proporcionar la medida en que una unidad determinada pudo resultar grata y, en consecuencia, pudo ser aceptada por ellas. Aunque, naturalmente, no se releguen otras posibles apoyaturas capaces de dotar de más consistencia a las identificaciones sometidas a estudio. De este modo, además de las necesarias, pero insuficientes, *marcas de reconocimiento de los elementos internos*, específicos de cada género y subgénero oral, se propone la consideración de *marcas de reconocimiento de los elementos externos*, es decir, de sus posibilidades de circulación oral. Estas, según creemos, serían las fundamentales:

—Capacidad de responder a las necesidades afectivas y mentales, a las actitudes, intereses, sensibilidades, creencias y valores de las gentes de cada época (es la aportación de la Historia para la comprensión de los géneros y subgéneros orales).

—Abundancia de referencias en los mismos textos escritos de la Antigüedad.

—Existencia de referencias a la unidad considerada como perteneciente a los géneros orales (como fábula o proverbio, por ejemplo) por los propios autores antiguos.

—Las alusiones a la unidad en cuestión a través de citas parciales o fragmentarias que implicarían, en el público o en sus lectores, un conocimiento de los citados temas.

—Su alusión en *graffitis* o en representaciones plásticas más o menos populares.

—Los criterios de los estudiosos antiguos y modernos al incluirlas en en sus compendios o colecciones de generos orales.

—La consideración de las posibilidades de la unidad en cuestión para ser oralizada en otras épocas, hecho que podría servir de argumento para sostener que ya contenía o podía reunir, en otras previas, los requisitos para convertirse en tal. Se trata de valorar como argumento positivo de oralización, la potencia, la frecuencia de uso o su popularidad en otras épocas. De ahí que se considere imprescindible, allí donde sea posible la elaboración de *stemmata*, lo más completos posible, para cada unidad. Se trata de perseguir, en todo su alcance la tradición de cada unidad, hacia atrás, hacia el pasado, hacia sus antecedentes, y hacia adelante, hacia el futuro, con la consideración de otras unidades próximas o cercanas y sus tradiciones, aunque pertenecieran a otros géneros, orales o no, incluso capaz de recoger sus alusiones en la plástica, y ello sin limitaciones temporales ni espaciales. Y, en la imposibilidad de alcanzar el ideal de que toda unidad pudiera disfrutar de un estudio de su tradición sin límites, se procura que así sea, al menos, con las consideradas *unidades orales-clave*. El concepto de unidades-clave, que propongo, hace referencia a aquellas que, tanto por densidad de sus contenidos y el vigor de sus formas como por la claridad de su identificación y por la nitidez con que expresan sensibilidades, por la popularidad disfrutada a través del tiempo, por la ayuda que puede prestar a la identificación y seguimiento de otras tradiciones o por la comprensión prestada a los mecanismos de creación, uso y transmisión, puede ser considerada fundamental en sí misma y paradigmática para las demás. Un seguimiento completo de su tradición debe procurar avanzar, por tanto, en el logro de esos escurridizos elementos externos, debe tender al logro de esa situación ideal que permita valorar el grado de aceptación de sus contenidos, su popularidad, no en los tiempos sino en cada tiempo, no en los espacios sino en cada espacio. Situación ideal que raramente puede producirse, aunque, como es lógico, cuanto más avalada resulte una unidad por sus marcas internas y externas tanto más seguro será su reconocimiento. Es preciso reconocer, sin embargo, que, en la mayoría de los casos, la valoración de la potencia oral de cada unidad habrá de depender del olfato histórico del identificador, esto es, de un juicio de valor subjetivo (pero subjetivo no quiere decir arbitrario y deviene de su conocimiento de los géneros orales y de su atención a la actitudes, intereses y sensibilidades de los distintos grupos sociales y, sobre todo, de las mayorías). Así pues, denominamos *marcas de reconocimiento de los restos orales* a la suma de los elementos internos o formales, específicos (y diferentes, por tanto) de cada género y subgénero oral, y los aludidos elementos externos. Y en el caso frecuente de que se susciten dudas sobre el grado de su oralización, tales unidades, con

las debidas prevenciones, deben incluirse como orales. Esto es, en función de cómo se combinen sus elementos internos y externos, en función de una valoración de sus marcas de reconocimiento, deben distinguirse distintos grados de «certidumbre» en la identificación de las distintas unidades, desde aquellas consideradas «más seguras» hasta las más dudosas y, como tales, ser incluidas en sus *corpora* correspondientes.

2.^a *La elaboración del corpus general de la oralidad antigua*

A medida que se va avanzando en la identificación de las distintas unidades orales, se va estableciendo, paulatinamente, un compendio o *corpus* específico para cada género y para cada subgénero, capaz de contenerlas con sus imprescindibles tradiciones y matizaciones para cada una de ellas. También debe reconocerse, sin embargo, que la tarea resulta comprometida, no sólo por las aludidas dificultades en la identificación y valoración de los restos orales sino porque, tanto éstos como los géneros y subgéneros en que se integran, se encuentran mezclados, imbricados, cabalgados, sin fronteras ni perfiles definidos (como se corresponde con una tradición oral, caracterizada por la multiplicación de sus temas en variantes infinitas). Y se dan, frecuentemente, casos de unidades que contienen elementos de distintos géneros o, más aún, que podrían pertenecer a géneros diferentes o que, incluso, perteneciendo, de pleno derecho a un género, contengan, además, a otras unidades, que, también de pleno derecho, pertenezcan a otros géneros. De este modo, una fábula o apólogo, por ejemplo, que puede ser considerada, también, anécdota burlesca, novelita obscena y cuento erótico, contiene, además, en su enunciado (promitio), en su moraleja, en su cierre, en su mensaje final (epimitio) o en todos ellos, algún tipo de paremia (véase, por ejemplo, Fedro, *App.*, 15= Petr., 111-112= *VAes.*, 129= Rom., 59). ¿En qué *corpus* debe incluirse? La solución adoptada es la más sencilla y menos conflictiva y, también, la más útil: se incluye en todos los *corpora* correspondientes a los géneros que contiene haciendo referencia en cada uno de ellos a los demás.

Por lo demás, cada *corpus* parcial ofrece, en su elaboración, además de las dificultades compartidas de todo intento de compendiar los restos orales, sus propias peculiaridades mostrando un panorama y unas perspectivas sumamente desiguales, desde el más o menos asequible de las fábulas y cuentos hasta el casi inabordable universo paremiológico. Pero, poco a poco, todos los *corpora* parciales deben ir avanzando y contribuyendo, con su unión, a la elaboración del gran *corpus* general de todos los

restos orales o *Corpus General de la Oralidad Antigua*, destinado a convertirse, a pesar de sus dificultades de creación e interpretación, en una herramienta de trabajo fundamental para todos los que se interesen por la voz y la conciencia de las mayorías de la Antigüedad.

3.^a Delimitación de contenidos y selección de prioridades

El tercer y último paso metodológico, si bien, en la práctica, se va avanzando en las tres fases a la vez (o eso nos gustaría creer, al menos), consiste en la delimitación de sus contenidos, verdadero objetivo historiográfico final, que no social, en función del cual se ordenaban las dos fases precedentes. Y consideramos una condición necesaria, para estar en situación de lograrlo, saber, con el mayor rigor posible, qué es lo que se busca, qué es lo que interesa y preocupa, en una palabra, qué es lo que se quiere. Y lo que se quiere no es otra cosa que *avanzar en el conocimiento de las condiciones de vida material, afectiva e intelectual de las mayorías, sobre todo rústicas*, no sólo desde las versiones que de ellas hicieron las minorías, de cuya fiabilidad dudamos, sino desde ellas mismas, desde su propia voz. Interesan, por tanto, todos los aspectos de su vida material y espiritual en toda su diversidad, complejidad y conflictividad, entre ellas mismas y ante los demás. En lo demográfico, en lo económico, en lo social, en lo político y en lo ideológico. Sobre todo, en lo ideológico y no ya sólo por motivos historiográficos sino, también, sociales (porque es una labor social el reconocimiento, la redención y devolución, no importa el tiempo, de sus indudables capacidades para poseer una afectividad, una sensibilidad y una inteligencia propias). Por eso mismo, me gustaría apropiarme o, al menos, para que su emisor (D. Plácido, *La sociedad ateniese*, Barcelona, 1997, p. 9) no se enfade, hacer mías algunas de sus palabras: «las sociedades sólo pueden estudiarse si la investigación se acompaña de un intento de aprehender al mismo tiempo las formas en que el hombre desarrolla su percepción del mundo imaginario...» (aunque, para que la dicha no sea completa, me gustaría –si me deja– eliminar el calificativo «imaginario», que, en mi opinión, no añade nada sino que, sin necesidad, limita, reduce, quita, en suma, empobrece, al elemento calificado «percepción del mundo». En cambio, hablar de «percepción del mundo», sin más, es aludir a cómo perciben el mundo físico de la Naturaleza –y sus relaciones con él–, el mundo complejo de las relaciones sociales –y el lugar ocupado en ellas– y, también, claro, el mundo imaginario en su diversidad –con independencia de su acierto o desacierto, que no es

cosa nuestra— y resulta, por tanto, más rico, más esclarecedor y, también, más completo. Y todo eso, que cabe en la noción aludida, es lo que debe tratar de aprehenderse. A no ser que se conciban como imaginarias todas las percepciones del mundo de ayer y de hoy —árido debate éste, entonces— en cuyo caso, tampoco sería necesaria, por redundante, la alusión expresa a lo imaginario, pues este carácter ya estaría incluido en el concepto de «percepción del mundo». Podría entenderse —y sería otra opción comprensiva— que sólo deberían atenderse, de entre las posibles, las percepciones del mundo imaginario y no las percepciones del mundo real —físico y social— y ello haría que nos distanciáramos rotundamente del autor. Pero, sin duda, esta última acepción no estaba en mente del estudioso pues, sencillamente, no se conviene ni con su cordura social ni con lo ponderado de su quehacer historiográfico).

Pero, volviendo a nuestro discurso, para estar en situación de encontrar respuestas, no hay más remedio que haber preguntado antes, correctamente. Y, para ello, se considera necesaria la disposición de un *Índice Temático General de la Oralidad Antigua*, capaz de marcar, con suficientes rasgos de fijeza y, también, de movilidad, las grandes líneas de investigación preferente. Debe poseer unos rasgos elementales de fijeza porque debe mantener, siempre, en quien lo use, una tensión permanente por los objetivos-clave que justifican su existencia instrumental y porque debe servir de referencia constante para comparar las aportaciones de las distintas unidades y géneros, entre sí y con los demás. Pero debe, también, ser móvil y ser capaz de adaptarse a las exigencias de tratamiento diferenciado de cada género oral y, a veces, incluso, de cada grupo de unidades orales. Como herramienta de trabajo, su valor no puede asentarse nunca en ser fiel a sí misma sino en la capacidad de adecuarse a la finalidad a que se destina. Y eso no se da de una vez sino que va lográndose poco a poco en función de las exigencias que ha de ir satisfaciendo. Se cuenta, para su elaboración, con la experiencia del ya veinteañero *Index Thématique de la Dépendance*, auspiciado por el GIREA. Su arquitectura interior, dividida en grandes temas preferentes fundamentales, a su vez divididos en categorías clasificadoras y éstas en categorías operantes, ofrecieron, y siguen ofreciendo, una inestimable guía para el progreso en la comprensión de las relaciones de dependencia a través de las fuentes escritas. Y se ha intentado, por todos los medios, su adopción para el estudio de los restos orales. En primer lugar, por la demostrada eficacia instrumental del *Index*. En segundo término, porque, de ningún modo se pretende incurrir en el riesgo de crear confusión a partir de las más que dudosas pero posibles, aportaciones personales. Tal adopción, sin embargo, no ha sido posible. Los cambios y

modificaciones que habría de sufrir el *Index* serían tantos que dejaría de ser lo que es para convertirse en otra cosa. Flaco favor le haría este desmañado usuario, que, tras emplearlo, para sus propios fines, lo dejaría, quizás, inservible para los objetivos, en buena hora, previstos por sus impulsores. Y es que el *Index*, se creó, se usó y se sigue desarrollando pensando en su aplicación al estudio de las fuentes escritas y no para atender a la problemática filológica e historiográfica específica de los restos orales (Cicerón, Marcial, Menandro, Estrabón, Tácito, Tucídides, Juvenal, Catón, Varrón, Lisias, Eurípides, Antifón, Horacio, Petronio, Estrabón, Salustio, Tibulo, Homero, Dionisio de Halicarnaso, Arriano de Nicomedia, que sepamos, van siendo estudiados). Su centro de atención, como es lógico, lo constituyen las relaciones de dependencia, en tanto que a nosotros nos interesan, sobre todo, las condiciones de existencia de las mayorías rústicas y, especialmente, por los motivos repetidamente aludidos en este trabajo, los temas referentes a sus ideologías. Por otra parte, aunque se aprecia el inestimable valor historiográfico de la «aproximación al contenido semántico de la terminología» y de «las vinculaciones proporcionadas por el contexto» (D. Plácido, *Tucídides, Index thématique de la dépendance*, Besançon, 1992, p. 9, citando a M. Clavel-Lévêque y F. Favory), no lo consideramos, por más que deseable, prioritario. Irrenunciable en el futuro, hoy, en el tratamiento de la oralidad antigua, consideramos más apremiantes otras tareas, relativas a la recuperación y preparación mínima de estos restos que harían posible posteriormente, sólo posteriormente, tales tratamientos.

Estas consideraciones invitan, por el momento, al trabajo en la realización propia de un *Índice Temático General de la Oralidad*, que tenga en cuenta la arquitectura y estructura del *Index*, con su sistema de grandes temas, de categorías clasificativas y operantes, pero, naturalmente, con contenidos diferentes, apropiados a los fines que se persiguen y a los recursos de que se cree disponer. Casi sin ediciones de los fragmentos que se manejan o sin ediciones, en la práctica, se trabaja *ex vacuo*, sin conocer ni siquiera si será posible su ejecución o, lo que sería lo mismo, que, una vez creado, sólo resultara un artificio incapaz de prestar los servicios que se le solicitan. Y, en última instancia, quedase reducido a una especie de declaración de principios o manifestación individual de buena voluntad. Porque un mínimo de rigor en la elaboración del Índice requiere necesariamente un cierto nivel de conocimiento sobre las posibilidades que cada género y subgénero oral pueden ofrecer, lo que exigiría un grado de trabajo y conocimiento de la oralidad del que aún se está lejos. En eso estamos.

En cualquier caso, quede clara la distancia entre las líneas de trabajo concernientes al afinamiento conceptual y metodológico vertidas sobre

los restos orales y las paulatinas formas de dar a conocer sus resultados. Estos, si pueden considerarse tales, se vienen ofreciendo de las siguientes maneras:

1.^a Consideración sintética de las aportaciones de un sólo género oral así como, en dos casos, previo tratamiento conceptual y metodológico, presentación de una clasificación temática del mismo (1991, 1992 y 1994).

2.^a Presentación de las posibilidades historiográficas del manejo de los restos orales (1990; 1993; 1995b).

3.^a Tratamiento de diversos temas mediante la atención de distintos géneros orales (1995a; 1995c; 1996; 1997b; 1998b).

4.^a Estudio de un tema tratando de contrastar los contenidos de las fuentes escritas con los restos orales (1997a; 1998a; 1999a).

En estos trabajos, se ha explorado, ya, una pequeña parcela de los restos orales y no se han encontrado motivos, socialmente indiferentes, para negar ni un ápice de su humanidad a las mayorías, esto es, para dudar de su posesión de una conciencia, más o menos clara, como hoy, sobre su identidad y lo peculiar de sus relaciones con lo otro, con las minorías, con los dioses, con la naturaleza... Pero sí se cree haber encontrado el motivo fundamental, al margen de excusas, de quienes siempre les han negado, con tanta insistencia, la posesión de aquellas capacidades mentales y cualidades morales y afectivas que habrían podido permitirles responsabilizarse, libremente, sin injerencias externas, de su destino: *el intento, por encima del tiempo, de justificación del abuso de unos hombres sobre otros*. Porque las mayorías pensaron (y piensan) aunque sus formas de pensamiento no agradaran (agradan) a las minorías. Porque las mayorías tuvieron (y tienen) sus propios valores y sensibilidades, aunque su moral no gustara (gusta) a las minorías. Y las descalificaron (y las siguen descalificando) negándoles aquello que de específico tiene el ser humano: su capacidad de poseer su propio pensamiento, su propia sensibilidad, su propia afectividad, su propia conciencia. Y todo para mayor disfrute de sus ya hartos cuerpos y feliz reposo de sus cultivados intelectos y pulcras conciencias. Y sigue la fiesta.

TRABAJOS DEL AUTOR SOBRE FUENTES ORALES

1990, «Lucha de clases e ideología en la Tardía República», *Gerión*, 8, p. 115-139.

1991, «Lucha de clases e ideología: introducción al estudio de la fábula esópica como fuente histórica», *Gerión*, 9, p. 11-58.

1992, «Lucha de clases e ideología: aproximación temática a las fábulas no contenidas en las colecciones anónimas», *Gerión*, 10, p. 23-63.

1993, «Oralidad, escritura e ideología: hacia una reubicación de las fuentes escritas para la Historia Antigua», *Gerión*, 11, p. 95-144.

1994, «Avidez sexual de la mujer en la fábula greco-latina», en J. Alvar (Ed.) *Sexo, muerte y religión en el mundo clásico*, p. 91-98.

1995a, «Fuentes orales y actitudes romanas ante la familia», *Gerión*, 13, p. 69-98.

1995b, «Oralidad e Historia Antigua: una nueva motivación para el estudio del universo paremiológico», *Paremia*, 4, p. 105-116.

1995c, «¿Conciencia cívica en la Antigüedad...? ¡Y una leche!», en Alvar, J. (Ed.) *Ritual y conciencia cívica*, Madrid, p. 271-281.

1996, «Uniformidad y contraste en la oralidad antigua: el poder del dinero, avaros y glotones en la paremiología latina», *Gerión*, 14, p.11-51.

1997a, «Necedad, sabiduría y verdad. El ser y el parecer o un debate por la legitimidad en la Oralidad Antigua», *Gerión*, 15, p. 27-77.

1997b, *Assem teneas, assem valeas*: el poder del dinero en la paremiología latina», *I Con. Int. de Paremiología, Paremia*, 6, 163 ss.

1998a, «Apología del asno. Fuentes escritas y fuentes orales tras la simbología del asno en la Antigüedad», *Gerión*, 16, p. 11-38.

1998b «Notas sobre la familia romana a través de las fuentes orales», *Arys*, 1,

1999a, «Grupos de edad y relaciones de dependencia en la Oralidad Antigua», *XXIV Col. del GIREA*, (en prensa).

1999b, «A la sombra del asno. Asnos, burros y jumentos en la Paremiología latina» *II Cong. Int. de Paremiología*, (en prensa).

